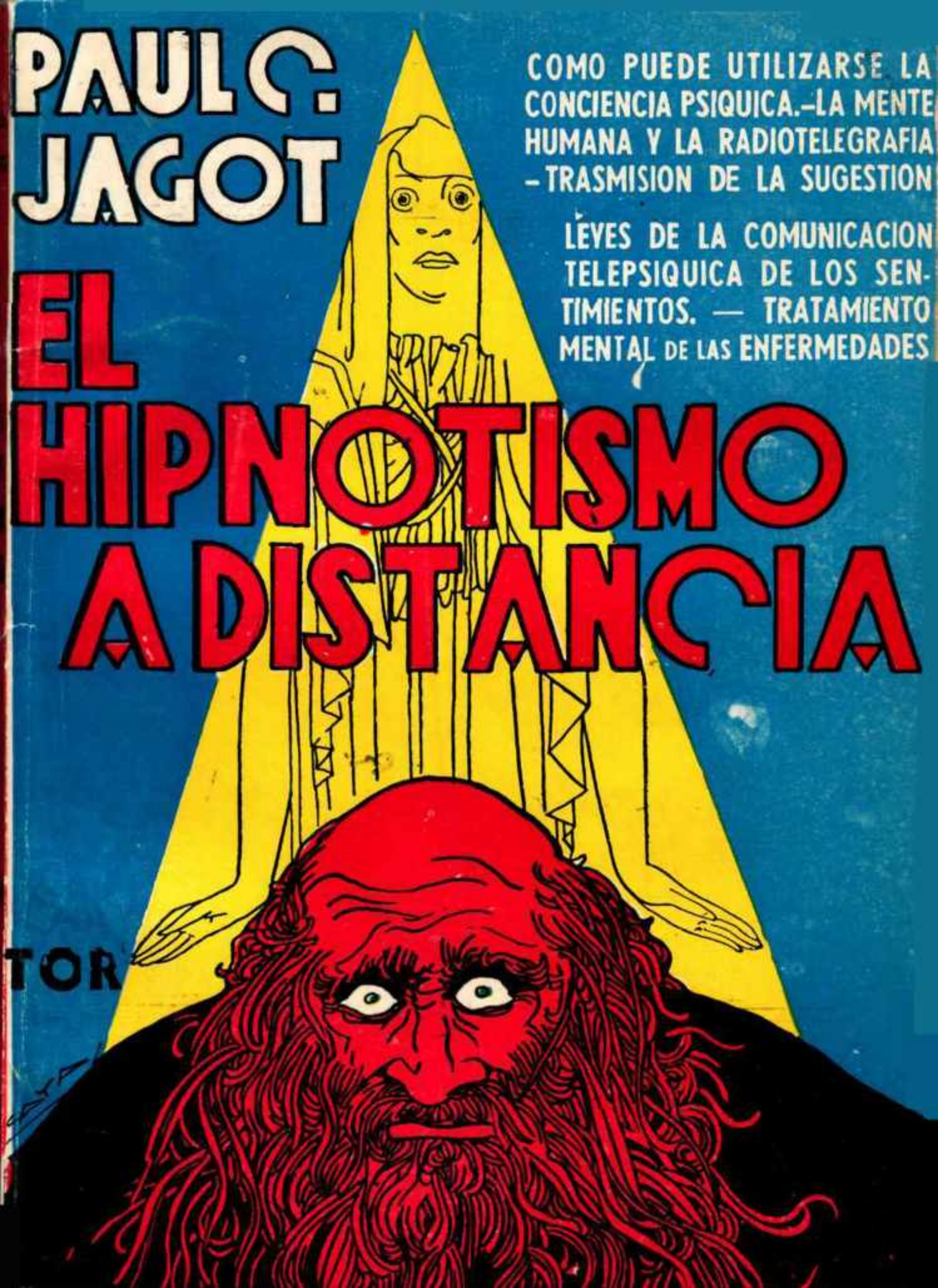

PAUL C. JAGOT
COMO PUEDE UTILIZARSE LA CONCIENCIA PSIQUICA.–LA MENTE HUMANA Y LA RADIOTELEGRAFIA –TRASMISION DE LA SUGESTION
LEYES DE LA COMUNICACION TELEPSIQUICA DE LOS SENTIMIENTOS. — TRATAMIENTO MENTAL DE LAS ENFERMEDADES
EL HIPNOTISMO A DISTANCIA
TOR



EL HIPNOTISMO A DISTANCIA

OBRAS DE PAUL C. JAGOT

LA EDUCACION DE LA PALABRA
El arte de hablar claramente y con persuasión.

EL PODER DE LA VOLUNTAD
Método práctico y eficaz de influencia personal.

LA TIMIDEZ VENCIDA
Método para adquirir seguridad y confianza en uno mismo.

PSICOLOGIA DEL AMOR
El instinto, la sensibilidad y la imaginación en el amor.

LA MEMORIA
Método práctico para recordar exactamente y con rapidez.

LAS LEYES DEL EXITO
Método para obtener el máximo de eficacia realizadora.

LA EDUCACION DEL ESTILO
Un método simple para adquirir claridad en la redacción.

EL DOMINIO DE SI MISMO
Cómo adquirir energía y sobreponerse a las debilidades.

EL INSOMNIO VENCIDO
El arte de dormirse fácilmente, renovando la voluntad.

EL LIBRO RENOVADOR DE LOS NERVIOSOS
Guía práctica para vencer todo desfallecimiento nervioso.

METODO PRACTICO DE AUTOSUGESTION
Para desechar todo hábito, adquirir calma, lucidez y salud.

SUGESTION
Cómo influyen los acontecimientos externos en la voluntad.

MAGNETISMO
Atrayente descripción de las leyes de esta propiedad.

HIPNOTISMO
Método para desarrollar las cualidades psíquicas superiores.

QUERER CON TENACIDAD
Cómo puede el hombre realizar, con el solo ejercicio de la voluntad.

EL HIPNOTISMO A DISTANCIA
Cómo se prolonga en el espacio, a voluntad, la sugestión hipnótica.

OBRAS DE ORISON SWETT MARDEN

SIEMPRE ADELANTE
Hay que mirar siempre enfrente de nuestra vida, con decisión.

EL PODER DEL PENSAMIENTO
Es el pensamiento el que regula nuestra conducta y la dirige.

ACTITUD VICTORIOSA
Hay que asumir una actitud decidida de triunfo en todo momento.

LA ALEGRIA DE VIVIR
La vida no es una carga sino, por el contrario, una alegría.

EDUCACION DEL CARACTER
Cómo se prepara el carácter personal para todas las contingencias.

INICIACION EN LOS NEGOCIOS
Un libro utilísimo para quienes desean descollar en el comercio.

LA MUJER Y EL HOGAR
Demostración del verdadero papel de la mujer en la sociedad.

ENCICLOPEDIA DEL HOMBRE QUE TRIUNFA

PAUL C. JAGOT

EL HIPNOTISMO A DISTANCIA

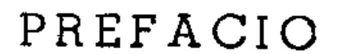
Manera de desarrollar la sugestión hipnótica, y ejercitarla a través del espacio.

Traducción directa, por FRANCISCO COUROLLES



EDITORIAL TOR S. R. L.
Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina


PREFACIO

Existe un medio seguro de ejercer influencia sobre los demás, tanto de lejos como en presencia del sujeto; un medio lo bastante sutil como para pasar inadvertido por profundamente que se experimente su invisible acción, a la cual, por otra parte, nadie es inaccesible.

Este medio no es otro que la propiedad comunicativa, dominadora y atractiva de todo pensamiento que se emite de una manera intensa.

Personas hay que la utilizan ignorándola o negándola, sin darse cuenta que deben completamente a la actividad poderosamente irradiante de una organización psíquica vigorosa, el ascendiente de su personalidad.

Otras desearían aprender a hacer un uso deliberado de esta influencia. Es, sobre todo, pensando en estas últimas personas como escribo este libro, en cuya redacción predomina, en

consecuencia, el prurito de la claridad, de la precisión y de la sencillez.

Los tres primeros capítulos exponen las nociones teóricas y prácticas cuyo perfecto conocimiento es indispensable para quien desea intentar, sea la obtención de los fenómenos telepsíquicos —de los cuales tratan los capítulos IV, V y VI—, sea la aplicación de la influencia mental a una de las posibilidades, a las que están consagrados los capítulos siguientes.

Como en lo que concierne a todas las cosas, cada cual viene al mundo más o menos calificado para la acción a distancia, pero la obra presente se ha fijado, precisamente, la finalidad de permitir a los que se hallan escasamente dotados, extraer de sus aptitudes actuales el máximo de efectos, y fortificarlas por medio del entrenamiento.

Afirmo que, con un poco de atención y de buena voluntad, la mayor parte de nosotros podemos aprovechar ampliamente la enseñanza que va a continuación.

PRIMERA PARTE

TEORIAS Y PROCEDIMIENTOS

I

INTRODUCCION AL ESTUDIO DEL PODER DEL PENSAMIENTO

Cada cual puede operar o experimentar las comunicaciones y la imposición del pensamiento. — La influencia telepsíquica es una subsecuencia constante de la actividad afectiva y cerebral. — Se puede utilizarla deliberadamente. — Los trabajos anteriores.

Ha sido superabundantemente verificada la realidad de los diversos fenómenos de influencia directa de un espíritu sobre un espíritu. Varias investigaciones, efectuadas de un modo simultáneo en Europa y en los Estados Unidos, por personalidades o agrupaciones científicas, han permitido obtener de una masa importante de observaciones la certidumbre de que el pen-

samiento se comunica espontáneamente, de una a otra persona, a través de la distancia (1). Numerosos investigadores intentaron, por otra parte, con éxito, la transmisión concentrada de imágenes a un colaborador alejado (2). La ejecución de órdenes, intimadas mentalmente a un sujeto de experimentación, ha sido lograda igualmente (3). Finalmente, se ha conseguido provocar la hipnosis, de improviso, lejos de la presencia del hipnotizado (4).

Todo esto, *a priori*, no parece implicar la posibilidad, en general, de ejercer influencia sobre alguien mediante sugestiones formuladas interiormente. Aun cuando numerosos de los seres *que se revelaron* emisivos o receptores de irradiaciones mentales sólo constituyen una minoría.

¿Será preciso considerar la comunicación o la imposición del pensamiento como cosas excepcionales, y a la mayoría de nosotros como inapta a operar o a experimentar la acción telepsíquica? Tal es la opinión de ciertos entendidos en la materia. Otros, no menos ilustrados al respecto, dicen, por el contrario, que *todo pensamiento se exterioriza y tiende a afectar, de acuerdo con lo que expresa, al individuo en quien se piensa.* La experiencia práctica ha hecho que, sin reservas, me alineara en las filas de estos últimos.

(1, 2, 3, 4) Ver un poco más adelante las referencias documentales relativas a estas cuatro índoles de manifestaciones telepsíquicas.

Cierto es que sigue siendo excepcional la repercusión *instantánea, integral,* de una imagen, de un estado afectivo, sobre la pantalla intelectual o la sensibilidad de un tercero próximo o lejano. De todos los hechos recogidos, resulta que una manifestación semejante parece haber menester, por parte del que emite, de una cualidad y un vigor de emoción singulares.

Por cierto que una sugestión no podría invadir de *primer intento* la conciencia que no brinda a una irrupción semejante la menor receptividad. Lo que yo afirmo, lo que he verificado, lo que han verificado otras personas, *es que si se reitera prolongada, ardientemente, la sugestión, todo ocurre como si proyectáramos sobre el sujeto un impregnante efluvio que despierta gradualmente y muy pronto hace predominar en él las disposiciones sugeridas.*

Por ajeno que sea a una noción, incluso imprecisa, de esta ley, cualquier individuo voluntarioso y tenaz impone sus exigencias de un modo inconsciente. Y tal como la gota de agua cuya repetida caída horada poco a poco una dura piedra, puede la acción mental del más débil, a la larga, marcar sus impresiones sobre resoluciones vigorosas.

Todos nos sentimos impresionados, sin saberlo, por innumerables proyecciones psíquicas, así como afectamos, también ignorándolo, no tan sólo a las gentes especificadas por nuestros pensamientos, sino asimismo a aquellas —a

veces desconocidas— que los mismos evocan. Este incesante fenomenismo permanece oscuro, inadvertido, porque no sabríamos discernir más que una mínima parte de los elementos cuya confluencia origina el nacimiento de nuestras impresiones. Si las hay que provienen del exterior, por fuerza, entonces, eluden a la conciencia.

De esa manera, *la irradiación telepsíquica, subsecuencia inevitable de la actividad efectiva y cerebral, debe ser considerada como una actividad normal del humano espíritu.*

Si bien es cierto que sólo engendra muy raras veces estas comunicaciones instantáneas que la tornaron evidente, no por ello deja de desempeñar un papel perpetuo y considerable en la vida cotidiana. Pero, ¿no resonaron durante siglos las tempestades antes de que advirtiera el hombre la presencia y la actividad universales del agente del cual eran la única manifestación evidente?

Yo me propongo enseñar a que se utilice de un modo deliberado esta propiedad del pensamiento que cada cual usa de manera inconsciente, y con frecuencia en un sentido contrario a su bien. *Para usar provechosamente esta propiedad del pensamiento, es conveniente gobernar la emisión del mismo*, y proporcionarle la energía, la duración, la frecuencia, a las resistencias que oponen a su influjo las características morales del destinatario.

Por otra parte, por justa y largamente que

se exprese, no posee por sí misma, una incitación mental, más que un débil vigor propulsivo.

De aquí la insuficiencia de una fría y sistemática experimentación de laboratorio, para dar cuenta total y cabal del poder del pensamiento. En efecto, son las emociones intensas, los sentimientos exaltados, las ardientes avideces, los que irradian con mayor eficacia nuestra influencia invisible. También es preciso *condensar*, además, para emitirlo luego a *alta tensión*, el dinamismo cerebral que engendran a profusión las disposiciones precedentes, pero que las mismas dispersan de buen grado si no contenemos sus múltiples impulsos.

Ateniéndose a las indicaciones de este libro, todos y cada uno pueden realizar las condiciones indispensables para verificar por sí mismos la realidad de las acciones a distancia.

La técnica operatoria expuesta más adelante —profesada ya verbalmente con intensa satisfacción de algunos— resulta completamente de las investigaciones por mí efectuadas.

En diversas oportunidades he tratado ya la cuestión e indicado, cada vez, procedimientos distintos. Es que, de año en año, desde 1909, cuando apareció mi primer trabajo, hasta 1918 —fecha de la edición primitiva de mi *Método Científico Moderno de Hipnotismo*— luego hasta el presente, mi concepción fué evolucionando sin cesar, gracias a las lecciones de la experiencia.

Me abstengo de toda índole de citas documentales, para no imprimir nada que haya sido publicado en otra parte. Pero, tanto en apoyo de mis afirmaciones como para ser grato a los lectores deseosos de beber en otras fuentes —especialmente en la oficial—, quiero indicar los principales clásicos de la materia. Helos aquí, por orden alfabético. Hago preceder con una *a* los libros relativos a los hechos de *telepatía, telestesia, televisión, teleaudiciones* espontáneas; con una *b* aquellos en los cuales se trata de *transmisión concertada de imágenes*; con una *c* los documentos publicados sobre la *sugestión mental impuesta a sujetos despiertos o hipnotizados*; con una *d* las *contribuciones al estudio de la hipnosis provocada de improviso por intención concentrada*; finalmente con una *e* las obras de *aplicación práctica*.

e) ATKINSON. — *La Fuerza-Pensamiento*. Su acción y su papel en la vida. París, 1904.
e) BESANT (Annie). — *El Poder del pensamiento*. Su dominio, su cultura. París, 1905.
d) BOIRAC. — *La Psicología Desconocida*. París, 1918.
d) BOIRAC. — *El Porvenir de las Ciencias Psíquicas*. París, 1914.
a) BOURRU y BUROT. — *La sugestión mental y las variaciones de la personalidad*. Rochefort, 1895.
c) DURVILLE (Héctor). — *Telepatía. Telepsiquia*. París, 1915.

a), b) FLAMMARION (Camilo). — *Lo desconocido y los problemas psíquicos.* París, 1915.

a), b) FLAMMARION (Camilo). — *La Muerte y su misterio.* París, 1920.

c), e) GUAITA (Estanislao de). — *La Clave de la Magia Negra.* París, 1897.

a) GURNEY, MYERS y PODMORE. — *Las alucinaciones telepáticas.* París, 1891.

e) INGALESE (Ricardo). — *La Historia y el Poder del Espíritu.* París, 1913.

c) JOIRE (Doctor). — *Los fenómenos Psíquicos supernormales.* París, 1912.

c) LEADBEATER. — *El pensamiento, su poder, su empleo.* París, 1910.

d) MARILLIER. — *Las acciones mentales a distancia.* "Revue Philosophique", abril 1897.

a) MAXWELL. — *Los fenómenos psíquicos.* París, 1914.

e) MULFORD. — *Vuestras fuerzas.* París, 1895.

b) OSHOROWICZ. — *De la sugestión mental.* París, 1869.

a), b) PERRONET (Doctor). — *Fuerza psíquica y sugestión mental.* Lons-le-Saunier, 1896.

b), c) RICHET (C.). — *La sugestión mental y el cálculo de las probabilidades.* "Revue Philosophique", diciembre de 1884.

d) RICHET (C.) — *El sonambulismo a distancia a despecho del sujeto.* "Revue Philosophique", abril de 1888.

c) RICHET (C.). — *Tratado de Metapsíquica.* París, 1922.

c) ROCHAS (A. de). — *La exteriorización de la motricidad.* París, 1896.

e) SEGNO. — *La Ley del Mentalismo.* Los Angeles, 1910.

c) SERMYN (Doctor de). — *Contribuciones al estudio de facultades cerebrales desconocidas.* París y Ginebra, 1911.

e) SOCIEDAD DE INVESTIGACIONES PSIQUICAS DE CHICAGO. — *La lectura o la transmisión del pensamiento.* París (sin fecha).

e) TURNBULL. — *Magnetismo Personal.* París, 1904.

c) WARCOLLIER. — *La Telepatía,* París, 1921.

También podría consultarse, provechosamente, la colección de los *Annales des Sciences Psychiques* (Anales de las Ciencias Psíquicas).

II

LO QUE ES PRECISO HABER COMPRENDIDO ANTES DE HACER EXPERIMENTOS

Las analogías de la T. S. H. y de la telepsiquía. — El acuerdo radiofónico y el acuerdo mental. — El sintonismo y la receptividad espontánea. — La superioridad del tono de movimiento y la imposición del pensamiento. — Necesidad de un estado especial, de una emisión prolongada y renovada. — La impregnación gradual modificadora. — Leyes de las acciones mentales a distancia. — Comentarios. — De la nitidez de las imágenes sugeridas depende la conformidad de los efectos a las intenciones. — El vigor propulsivo de éstas es proporcional a la avidez que se experimenta de aquello a lo cual las mismas tienden. — La intención eficaz por sí misma. — Psicología de un experimento clásico. —

La determinación periódica del estado eficiente. — Necesidad de una elaboración y de una condensación sistemática de la energía psíquica.

Las hipótesis provisionalmente admitidas para explicar la telefonía sin hilos, hace un siglo, habrían sido consideradas como aberraciones. Cuando, hoy, con un dispositivo radiotelefónico, se escucha en un local cerrado un concierto lejano cuya emisión atraviesa el espacio y la materia densa, se admite de buen grado que las ondas radiofónicas se transmiten por ondulación, en el seno de un agente lo bastante sutil para interpenetrar todos los cuerpos. Ya se le denomine éter o de cualquier otra manera, se afirma la existencia de un vehículo susceptible de impregnar todas las cosas hasta el infinito y de conducir las ondas radioeléctricas.

Es de una manera probablemente análoga —acaso idéntica— como un día u otro han de explicarse los fenómenos de telepatía, lo cual corroborará, por otra parte, una teoría profesada desde la antigüedad por los discípulos de la ciencia oculta (1).

Ocurre todo, en efecto, como si, bañados e impregnados con un invisible océano flúidico sin límites, se hallaran nuestras almas en comunicación constante.

---

(1) El autor ha publicado también la obra Ciencia Oculta y Magia Práctica.

Un niño munido del popular dispositivo a galena, muy pronto aprende a regular su aparato, de manera tal que el mismo se torne sensible a tal o cual longitud de ondas. Lo hace concordar, de este modo, con el tono de las vibraciones transmitidas por la estación emisora que desea escuchar, y en realidad, una vez establecido el acuerdo, el receptor reproduce todas las comunicaciones emitidas sintónicamente al mismo.

Ocurre una cosa análoga entre dos individuos a los cuales les *acordaron* mentalmente su intimidad, sus semejanzas, su mutuo aprecio. Los pensamientos del uno impresionan el cerebro del otro comunicándole su tono de movimiento, que tiende a despertar en él pensamientos iguales (1).

Este fenómeno, ciertas veces, se cumple con una instantaneidad tanta, con tal vigor, con una precisión tan grande, que el pensamiento del uno se refleja integralmente en el espíritu del otro, en el instante mismo en que es emitido. Leyendo los relatos de los millares de observaciones recogidas desde hace cincuenta años, se comprueba, precisamente, que las comunicaciones telepsíquicas más notables tienen lugar entre íntimos.

Supongamos ahora que se quiera actuar sobre un individuo ya no *isotónico* (2), sino indi-

(1) "¿Cómo —preguntará alguien—, el personaje así impresionado no se da cuenta de ello?" Yo contesto: "Por las razones ya anunciadas al principio de esta obra".
(2) "Iso": igual.

ferente o *heterotónico* (1). En ausencia de esta receptividad de primer intento que, sola, permite la *comunicación* propiamente dicha del pensamiento (2), bastará con que realice uno mismo un tono de movimiento psíquico superior a la fuerza del sujeto.

Este tono de movimiento originará poco a poco el suyo propio. Se impondrá al mismo. La emisión, por ende, deberá efectuarse con particular energía y con una insistencia prolongada. Rara vez basta con una sola sesión para impregnar a alguien al punto de influir de una manera perentoria sobre sus disposiciones. Será preciso, pues, en casi todos los casos, reiterar la acción diariamente, durante un período más o menos dilatado. En fin, no creemos necesario decir que si nos dirigimos a un terreno psicológico poco compatible con el objeto de las sugestiones, éstas sólo podrían modificarlo gradualmente, a costa de enérgicos esfuerzos renovados sin tregua ni descanso.

Al parecer, en la India existen adeptos de esa doctrina denominada Yoga, cuyo imperio sobre una o varias personas se establece en algunos minutos. Estos experimentadores logran, sin dar la apariencia de que están haciendo un esfuerzo penoso, alucinar a una multitud entera. Se tiene la impresión de estar

---

(1) "Hetero": diferente.

(2) Entre dos experimentadores deseosos, el uno de transmitir, el otro de percibir de las imágenes mentales un acuerdo será artificialmente realizado, tal como lo expondré en el capítulo IV.

asistiendo a una escena terrorífica, cuando en realidad no ocurre nada en absoluto. El mismo espejismo engaña a todos y a cada uno de los espectadores. ¿Favorecerían esta clase de fenómenos las latitudes orientales? ¿Se benefician los *yoguis* con facultades psíquicas desarrolladas, de generación en generación, por un ininterrumpido ejercicio? ¿Adquieren un virtuosismo particular repitiendo continuamente los mismos experimentos? Personalmente, lo ignoro, pero en Occidente, los anales del psiquismo no han registrado, hasta el presente. repercusiones telepáticas tan instantáneas.

He aquí lo que probablemente sucede cuando se actúa:

Una primera ola ondulatoria llega al sujeto y reacciona insensiblemente en los elementos de su moral, a los cuales el operador trata de substituir con otros. A la débil impregnación realizada por esta ola habrán de agregarse los sucesivos de veinte, treinta, cien nuevas emisiones.

Al combinarse con los pensamientos propios del sujeto. el elemento sugerido que de esa manera llega hasta él, los modifica al principio de un modo insignificante; luego provoca, de las inconscientes profundidades de su psiquismo inferior (1) consideraciones diversas, has-

(1) La elaboración y el enunciado de las leyes que siguen son obra mía. Las formulo bajo mi responsabilidad y desafío a cualquiera a que pueda oponerme el menor hecho. Las mismas, por cierto, serán completadas y puntualizadas con otras nuevas, pero la experiencia ha de verificarlas, sin la menor duda.

ta ese momento extrañas o ajenas a la actividad habitual de este último.

Estas consideraciones, desarrolladas sin cesar bajo el impulso periódico de las irradiaciones del operador, poco a poco van evolucionando y brindan una conformidad cada día más precisa con el objeto final de las sugestiones.

En resumen, *la influencia exterior luego de haber rozado, afectado* y después *impregnado* cada vez más apreciablemente el espíritu, acaba por *predominar.*

Definamos ahora las condiciones de eficiencia de la acción telepsíquica.

LEYES DE LA TELEPSIQUICA

Ley número 1

Es principalmente en imágenes —y no tan sólo de una manera literal— como conviene expresar lo que se desea sugerir. Por lo tanto es necesario imaginar lo que se quisiera que tuviera lugar.

Ley número 2

La conformidad del efecto con la intención se opera en razón directa de la precisión de las imágenes irradiadas.

Ley número 3

El vigor propulsivo de una emisión telepsíquica es proporcional a la avidez que se experimenta por la realización buscada o, más generalmente, al deseo que se tiene de afectar al sujeto.

Ley número 4

Una emisión única diaria de una duración X es de una eficacia superior a la de dos emisiones de una duración respectiva de X ÷ 2.

Ley número 5

Cada emisión correcta modifica siempre, de una manera más o menos sensible, las disposiciones morales del sujeto de acuerdo con las intenciones del operador.

Ley número 6

La modificación del sujeto se afirma a medida que prosiguen las emisiones.

Una muy sencilla comparación ha de ayudaros a comprender bien los más esenciales de estos seis principios: el segundo y el tercero.

He aquí una linterna mágica dispuesta ante una pantalla. Encendamos la lámpara y deslicemos una placa para proyecciones detrás del

objetivo. La imagen va a proyectarse en la pantalla. Se inscribirá allí, perfectamente visible en todos sus detalles, con dos condiciones:

a) Que sus contornos estén netamente acusados.

b) Que la iluminación tenga suficiente brillo.

El fanal más poderoso sólo podría extraer una proyección confusa de una placa defectuosa. En un sentido inverso, la perfección del clisé aparecería malamente a los rayos de una luz débil y vacilante.

En telepsiquia, el impulso interior es la luz proyectante; la imagen mental es la placa generadora.

Por consiguiente, conviene tratar con el mayor de los cuidados la edificación de las imágenes que se desean comunicar; y, sobre todo, la de aquellas cuyo predominio sugestivo quisiéramos imponer entre los habituales pensamientos de alguien.

Si no se visualizaran muy netamente las fases sucesivas de una modificación moral, sólo se obtendrían disposiciones más o menos divergentes de las que habrían de satisfacer plenamente, y, si se tratase de una sugestión de acto, el impulso intencional no sería seguido con fidelidad.

Pero las representaciones mentales más minuciosamente definidas sólo provocan, por el

mismas, esbozos de efectos. Para impulsarlas enérgicamente, es necesario el ímpetu irresistible de una voluntad imperiosa, de una emoción vivaz o de una ardiente codicia.

El deseo puro y simple influye en mayor grado, si es vivaz y neto, que la concentración de pensamientos puramente cerebral, tal como nos la enseñan en determinados manuales.

Y observé lo que precede, por primera vez, hace más de quince años, a propósito del muy conocido experimento que consiste en obligar a alguien a volverse mediante el acto de clavar la mirada en la nuca del sujeto y con ayuda de la orden mental.

Habíame ocurrido desde hacía años —como a todos los que intentaron poner este experimento en práctica— clavar mis ojos y fijar mi atención por espacio de diez o quince minutos, sin obtener el menor resultado. Una noche se hizo la luz en mi mente: En momentos en que, vagando distraídamente, fueron cautadas mis miradas, en el transcurso de un entreacto, por la nuca y los hombros de una espectadora cuyo rostro me inspiró, al punto, la más viva de las curiosidades.

En tanto me forjaba los rasgos de ese rostro, *imaginando y deseando la suave impresión* que debían *dispensar*, el objeto de mi *contemplación* manifestó muy pronto una agitación evidente. Agitaron la región que era blanco de mis miradas algunos estremecimientos. Una mano dió la impresión de querer borrar de la piel algún

contacto irritante. La cabeza, por fin, volvióse bruscamente... Y creo que cierta intuición de la causa de la turbación no fué ajena a la incisiva mirada que se encontró con la mía.

Este hecho, en su aparente insignificancia, revelaba la substancia de la enseñanza antes enunciada: El vigor propulsivo de las emisiones telepsíquicas es proporcional a la avidez que de su efecto se experimenta. No es otra su condición principal de eficiencia que la imperiosa aspiración al resultado requerido. De este modo la exaltación del centro emocional se comunica al centro cerebral que activamente vibra e irradia vibraciones con fuerza.

Consiste la dificultad en determinar periódicamente, en el momento oportuno, ese estado de vehemencia, en mantenerlo todo el tiempo necesario, luego anularlo hasta la sesión siguiente, porque su persistencia lo agotaría con suma rapidez.

Los adeptos de ese hermetismo absoluto que se denomina *goecia* lo han comprendido, hace siglos, puesto que sus formularios más antiguos abundan en recetas de filtros a base de excitantes psíquicos muy efectivos, pero peligrosos.

Elifas Levy nos dice, en su ritual de Alta Magia, que para realizar prodigios es preciso hallarse alejado de las condiciones ordinarias de la humanidad, abstraído por la sabiduría o exaltado por la demencia.

Con una evolución insuficiente para lograr

de inmediato la serenidad abstracta, pero preocupados, por lo menos, en evitar los tóxicos que desequilibran, debemos recurrir a medios compatibles con nuestras posibilidades.

Consisten estos medios en observar las condiciones de una abundante *elaboración* de energía psíquica y en retener en sí mismo, en acumular, en condensar esta energía a medida que la misma se va elaborando, amenguando su salida de una manera considerable. De este modo se crea una recia tensión de exteriorización que lleva a su paroxismo la intensidad del querer, del deseo, de los sentimientos, aspiraciones, apetencias y avideces (1).

Sea que se trate de transmitir un mensaje mental a un colaborador capaz de una voluntaria pasividad receptiva, de sugestionar por medio del pensamiento un sujeto despierto o en estado secundario, de provocar el sonambulismo artificial a distancia o de ejercer influencia en las disposiciones morales de un tercero, la imaginación metódica y justa del resultado y la avidez de obtenerlo, constituyen los dos factores más importantes del éxito.

A efecto de disponer de la reserva energética indispensable a la objetivación fácil de las imá-

(1) Este último vocablo se entiende generalmente en una acepción despectiva. Lo empleo aquí en un sentido mucho más amplio. Existen avideces legítimas que conviene experimentar y manifestar con un vigor mental concentrado si se desea, en medio de la brega general, obtener lo que nos corresponde. Es preciso que el trabajo, el mérito, el valor intrínseco, estén acompañados por una avidez equitativa pero resuelta, si quieren determinar su justa retribución.

genes y al vigor propulsivo de su emisión, es conveniente observar, en el transcurso de la existencia cotidiana, ciertas reglas que he de definir. Estas reglas requieren un atento esfuerzo de dominio sobre sí mismo. Cumplir este esfuerzo, es conquistar la prerrogativa de mover deliberadamente el agente sutil por el cual son movidas la mayoría de las gentes: el pensamiento.

Dirigir los propios pensamientos y dominar sus efectos, en vez de soportar los unos y los otros.

Tal es la posibilidad que abre el conocimiento de las leyes psíquicas. Luego de haber pensado en lo que esto implica, nadie ha de vacilar.

III

INSTRUCCIONES PRACTICAS GENERALES PARA EJERCER INFLUENCIA SOBRE ALGUIEN A DESPECHO SUYO

Consideraciones preliminares. — Primeras disposiciones que deben adoptarse. — Edificación de las imágines mentales. — Elaboraciones y condensación de la energía psiquica. — Disponibilidad. — Relación. — Emisiones. — Recuperaciones y relajamiento.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

La circunspección, la conexión de las ideas y la precisión del pensamiento parecen poco frecuentes en los caracteres vibrantes, impetuosos y voluntariosos. Inversamente, los espíritus circunspectos, juiciosos, precisos, muy

raras veces están acompañados por una naturaleza ardiente. En lo que atañe a los rarísimos individuos que al vigor persistente del querer unen la minuciosa definición de lo que quieren, no han menester de ninguna práctica especial para ejercer influencia a distancia. Lo hacen de un modo inconsciente, porque, gracias a sus felices disposiciones innatas, se hallan espontáneamente en las condiciones requeridas para ello.

La mayor parte de los hombres sólo pueden realizar momentáneamente, mediante un esfuerzo metódico, estas condiciones indispensables para comunicar, y, sobre todo, para imponer *su pensamiento*. Este esfuerzo tiende, esencialmente, por una parte, a la edificación reflexiva de imágenes expresivas de lo que se desearía sugerir, y por otra, a la disponibilidad de un potencial de energía psíquica suficiente para dar lugar a emisiones eficaces.

PRIMERAS DISPOSICIONES QUE DEBEN ADOPTARSE

Cuando se ha decidido recurrir a la acción a distancia, es preciso trazarse un plan de trabajo detallado y reunir todas las indicaciones susceptibles de ser de alguna utilidad.

En lo que concierne a las tentativas de *comunicaciones*, de *sugestión mental sobre sujetos de experimentación*, o de *obtención de la hipnosis mediante la concentración del espíri-*

cia, el lector deberá atenerse a lo que dicen los capítulos IV, V y VI, en los cuales han sido expuestas todas las disposiciones que deben adoptarse para cada una de esas tentativas.

Cuando se trata de afectar a alguien sin que el mismo lo sepa, los preparativos deben ser considerados como la base del éxito y efectuados con el mayor cuidado. He aquí en qué consisten dichos preparativos:

1º — Calcular el tiempo del que puede disponerse cada día, y establecer en qué momento de la jornada se actuará en la acción que se proyecta. Menos de una hora sería poco. Dos horas constituyen la buena medida. Escoger, de preferencia, las que preceden al instante de acostarse.

Definido este primer punto, comenzar en el orden siguiente, para satisfacer los siguientes:

2º — Examinar atentamente la psicología de la individualidad sobre la cual se desea actuar. Veremos luego que en cada emisión es preciso representarse la imagen del sujeto a fin de establecer la *relación*. Por imagen, deben entenderse no solamente los contornos exteriores, la expresión del rostro, la actitud, el gesto, sino también la viva noción de la personalidad moral.

Si se ha vivido más o menos en su ambiente se hará un llamado, para hacer el inventario de

sus características, a las observaciones a las cuales el mismo haya dado lugar. También se podrá someter su escritura a un grafólogo, pero sería suscitarse una gran dificultad tratar de influenciar a alguien imaginándoselo distinto de lo que realmente es, sobre todo si lo que se deseaba obtener de él requería una considerable modificación de sus disposiciones.

3º — Definir con toda justeza la finalidad de la acción emprendida, con todas sus subsecuencias. Darse cuenta cabal de las disposiciones morales en las cuales tendría que hallarse el sujeto, para pensar y obrar como lo deseamos. ¿Se encuentra él mismo lejano de éstas? ¿Cuáles son las impresiones, las emociones, los pensamientos que, si los experimentara, habrían de modificarle en el sentido requerido?

4º — Luego de haber apreciado la distancia que separa las actuales disposiciones del sujeto de las de aquellas en que sería preciso que estuviera, para pensar y actuar como lo deseamos, estudiar una evolución gradual de las unas a las otras.

5º — Materializar en imágenes cinco o diez etapas de esta evolución. Ejemplo: De la animosidad a la simpatía. *a)* Leve atenuación de la animosidad; *b)* atenuación casi total; *c)* indiferencia; *d)* veleidades de simpatía; *e)* simpatía.

6º — Concentrar la atención en la primera etapa. Tratar de imaginarse al sujeto tal como sería si la hubiera recorrido. Buscar todas las consideraciones susceptibles, una vez transmitidas a él, telepsíquicamente, de transformar sus disposiciones presentes de acuerdo con aquellas que caracterizan el final de la primera etapa.

7º — Proceder de la misma manera en lo que atañe a las demás etapas.

8º — Dedicar, en el plan de trabajo, una, dos, diez sesiones a la emisión de las sugestiones necesarias para el cumplimiento de la primera etapa, una, dos, diez sesiones para la segunda, etc. Este cálculo, completamente provisional por otra parte, ha menester de cierta práctica y de un poco de sagacidad. Es su principal utilidad construir una representación completa de la realización que trataremos de obtener.

Esta labor requiere reflexión. Lejos de ocasionar una demora, el tiempo que pasamos en la meditación tranquila y recogida de un plan, constituye un comienzo de acción, una primera y formal notificación mental, una orientación de todas las aptitudes que poseemos hacia una intención deliberada y nítidamente formulada.

Por esto resulta preferible efectuar esta preparación sin ayuda. Un consejo claro y sereno puede ayudar de considerable manera al principiante en la ordenación de sus esfuerzos, pero no podría eximirlo, sin inconvenientes, de la

concentración inaugural de sus medios psíquicos.

Estamos, por cierto, en continua relación telepática con todos aquellos a quienes conocemos, pero esta relación se afirma para con alguien desde el instante mismo en que pensamos larga, atentamente en él.

Desde este punto de vista, tiene importancia la preparación que precede. Mientras nos dedicamos a ella, se refirma la mutua receptividad del operador y del sujeto. El primero percibe casi siempre, en el transcurso de su labor, vibraciones que provienen de la actividad mental del segundo, cuya intimidad psíquica es ahora sensible para él. De este modo una madre puede percibir a distancia las emociones, los tormentos, los sufrimientos del hijo hacia el cual se orienta su espíritu.

EDIFICACION DE LAS IMAGENES

Para cualquier acción telepsíquica son principalmente necesarias cuatro clases de imágenes: la del sujeto, la del cumplimiento de lo que se desea, la de los efectos sucesivos que la acción debe originar, y finalmente, las del sujeto cuando experimenta las impresiones, emociones, ideas, expresivas de estos efectos. Después del trabajo preliminar definido en el párrafo anterior, se consagrará, pues, un determinado número de sesiones a la edificación de

las imágenes, todo lo netas y vívidas que sea posible.

Para comprender bien en qué consiste una imagen satisfactoria, basta recordar nuestras familiares incursiones en el alucinado dominio del sueño. Cuando soñamos y vemos un amigo, este encuentro imaginario tiene un aspecto tan grande de realidad, que produce en nosotros la misma impresión que una entrevista material. Ahora bien, las imágenes necesarias, en la práctica de la telepsiquia, deben, aunque formadas voluntariamente, poseer el mismo aspecto de realidad y de persistencia que las de los sueños.

Cuando queremos actuar sobre alguien, es preciso, ante todo, que nos lo representemos. En segundo lugar, es preciso imaginarlo cumpliendo lo que deseamos. La primera imagen se utiliza desde el principio al final de cada emisión; la segunda se sobrepone a la primera luego de la invocación sucesiva de todas las imágenes intermediarias tratadas en el párrafo precedente.

Esta cinematografía cerebral no siempre se improvisa con facilidad en el instante mismo de la emisión. Además, existe en nosotros una tendencia a dejarla desviarse en múltiples incidentes. De aquí la necesidad de ejercitarse cuidadosamente de antemano en la composición de toda la serie de imágenes expresivas del sujeto, de sus modificaciones progresivas, de las ideas o impresiones que se consideran de naturaleza capaz de afectarla, y por fin, de

la fase final, de la realización de lo que se desea.

Laboriosa es la edificación, al principio. Las formas evocadas se diseñan mal, carecen de conjunto, de cohesión, de nitidez, y se desvanecen apenas esbozadas. Pero si se persiste atentamente y se reiteran los ensayos con frecuencia, no demora en manifestarse un progreso y día a día se torna mayor la facilidad de nuestros intentos.

Podemos, por otra parte, ejercitarnos, a manera de entrenamiento:

1º — A representarnos, con toda la justeza posible, objetos muy sencillos, al principio, y después otros más complejos.

2º — A prolongar la duración de cada representación.

ELABORACION Y CONDENSACION DE LA ENERGIA PSIQUICA

Constituye la sangre, por decirlo así, la materia prima con la cual un mecanismo oscuro aún elabora el dinamismo nervioso, motor de todas las funciones, especialmente de la cerebral. Cuando una sangre rica y pura riega el cerebro, se piensa activa y reciamente. De aquí la importancia, en la cuestión que nos ocupa, de la alimentación. de la respiración y de la circulación.

La dietética racional, la higiene respiratoria y vascular se imponen a todos los experimentadores. Considerando al organismo como generador de la fuerza que se irradia en el transcurso de las emisiones mentales, el equilibrio fisiológico (1) es la condición primordial de una suficiente elaboración energética.

Una cosa es elaborar y otra condensar, acumular —para disponer del mismo en los momentos oportunos— el dinamismo nervioso. Recordemos, ante todo, que la carga de nuestros acumuladores internos (los plexos) se efectúa en el transcurso del sueño de cada noche. Cuando el sueño es normal, el despertar va acompañado por una sensación de perfecto bienestar, y por una necesidad de actividad, porque los acumuladores fisiológicos, habiéndose recargado a fondo, tienden a exteriorizar la energía que poseen y esta tensión impele al individuo a derrochar su propia fuerza, útil o desordenadamente.

Por lo tanto, dormir de una manera conveniente (2) ante todo, pero también, durante la víspera, vedarse todo gesto inútil; no solamente cuidarse de la agitación y del exceso de trabajo, sino tratar de reducir al mínimo la pérdida de energía nerviosa exigida por la vida. Para conseguir esto, es preciso establecer

(1) Por lo demás, la práctica de la telepsiquia no deja de [illegible] sus riesgos en lo que atañe a los deprimidos y a los enfer[illegible] Que los mismos traten, ante todo, de recuperar el vigor y la [illegible]

(2) Ver "El Insomnio Vencido", del mismo autor.

una vigilancia incesante sobre sí mismo, actuar únicamente *de un modo reflexivo,* reprimiendo toda espontaneidad, todo gesto expansivo.

Pensamientos, palabras, gestos, ocupaciones cotidianas, deben, todos, ser constante objeto de una estrecha vigilancia que eliminará lo superfluo y reprimirá el desorden.

Todo impulso a una manifestación exterior, todo llamado interior a una satisfacción sensorial, emotiva o cerebral, traduce un ímpetu del idealismo nervioso que trata de exteriorizarse.

Ceder al impulso o satisfacer el deseo, es dilapidar sin provecho esta energía, la cual debemos, por el contrario, condensar. Cada vez que por aturdimiento se cede al deseo, disminuyen las reservas nerviosas. Cada vez que se reprime algo espontáneo, se retiene en sí mismo una unidad de energía que se agrega a la ya existente reserva.

La observancia de esta elementaria noción de educación psíquica (1) importa de una manera básica a los que desean practicar con éxito la acción a distancia.

---

(1) La educación psíquica tiene por objeto:

1º — Colocar a la sensibilidad, a la impresionabilidad, a la imaginación, a los impulsos y a los instintos bajo el contralor del pensamiento deliberado.

2º — Desarrollar la atención, el discernimiento, la memoria y la energía volitiva.

3º — Instaurar y afirmar esa seguridad conceptual y realizadora que constituye la confianza en sí mismo.

4º — "Taylorizar" la elaboración y la gestión del dinamismo cerebral de modo tal que realice, en calidad y en cantidad, el máximo de rendimiento útil de las aptitudes y de las facultades.

Ver a este respecto la obra "El Poder de la Voluntad".

Este es, por otra parte, el remedio único para la atonía física o moral.

DISPONIBILIDAD

Todo el mundo conoce el efecto estimulante del té, del café y del alcohol tomados en dosis razonables. Estas substancias son comparables a cheques que extendemos contra el propio depósito de energía nerviosa: Substraen de los plexos una parte de la fuerza que en los mismos se encuentra almacenada.

El dinamismo, liberado de esa forma, revigoriza de inmediato la economía. Aumenta momentáneamente, en especial, la actividad del cerebro.

Si bien el uso habitual de los excitantes contraría la condensación, su empleo excepcional, inmediatamente antes de una emisión, se halla indicado, porque, en este caso, se trata no ya de acumular energía, sino de disponer del potencial que se posee en reserva, de hacerlo pasar de la estática a la dinámica, de dejarlo afluir al cerebro que ha de sustentarse con él para vibrar de una manera intensa. Este es el momento de dar rienda suelta a los más poderosos ímpetus centrífugos, de emitir vigorosamente.

Inmediatamente después de haber absorbido el excitante escogido, es necesario empezar a orientar el pensamiento hacia el objeto de la emisión, recordando todos los motivos del interés que tenemos en el resultado de la acción

a distancia emprendida, evocando todas las imágenes expresivas de estos motivos.

En particular, cuando se desea de un modo especial que tal o cual persona manifieste ésta o aquella disposición, *sentimos* que dependemos de dos ocasiones principales:

A) — Cuando la idea, la imagen de una de las satisfacciones que experimentaríamos si se cumpliera el deseo que tenemos, acude al espíritu.

B) — Cuando la imaginación evoca alguna de las consecuencias desagradables del no cumplimiento de ese deseo.

En el caso primero, sentimos de ardiente manera hasta qué punto queremos lo que deseamos. En el segundo, vibramos de temor, de irritación, de rebeldía.

Estos movimientos interiores, por lo general espontáneos, debemos suscitarlos voluntariamente al comienzo de cada sesión, a fin de llevar a su paroxismo la tensión volitiva. Si nos asalta el temor de hallar en ese momento a nuestra memoria rebelde o incompleta, será conveniente, en el transcurso de las horas precedentes, anotar en todos los momentos en que surjan, las imágenes *A* y *B*.

Nos pondremos así en condiciones de reconstituirlas en la hora de la emisión, gracias a la ayuda de las notas que habremos tomado.

Cada recuerdo de impresión así obtenido, contribuirá a exaltar el espíritu, a hacer brotar de los más profundos repliegues de la conciencia poderosos impulsos volitivos y dominadores.

Por lo tanto, en el transcurso de la labor preliminar, habría interés en buscar y anotar todas las consideraciones susceptibles de originar imágenes del tipo *A* y del tipo *B*. Esta busca ha menester de una serie de meditaciones especiales que orientamos repitiéndonos la exposición del caso, luego calculando sucesivamente todos los aspectos que pueden adquirir los acontecimientos.

LA RELACION

Las diversas prácticas que preceden contribuyen a establecer, entre el operador y el sujeto, una relación psíquica particular. A mi juicio, esta relación se torna integral desde el momento en que el experimentador ha formado la imagen mental del sujeto. En cada sesión, inmediatamente después de cumplida la disponibilización, se debe refirmar esta imagen, evocar todas las impresiones dispensadas por la presencia real del sujeto, representárselo de una manera viviente, actuante.

El estado de ardor cerebral en que nos colocamos previamente facilita la formación de las imágenes y les concede un relieve, un colorido, una animación que es preciso haber vivido pa-

ra forjarse una idea de los mismos. Favorecen este trabajo la oscuridad y el silencio. Hay quien ha recomendado escoger, para entregarse a esta labor, las horas en que sabemos que el sujeto duerme. Sin estar convencido del todo de la importancia de ese momento, soy de opinión que es preciso no omitir nada, y que el sueño puede aumentar la receptividad.

Sin embargo, me parece que la acción mental afecta al subconsciente receptivo tanto durante los momentos en que se está despierto como en el transcurso del sueño, y luego, mediante el trueque de éste, reacciona en la subconsciencia.

Si mi hipótesis es exacta, es posible sugestionar mentalmente a alguien tanto en un momento como en otro. De lo que estoy experimentalmente seguro es de que, cualquiera que sea la hora, *desde el mismo instante en que la imagen precisa de un ser aparece en la pantalla de nuestra imaginación, todo lo que pensaremos en el transcurso de esta aparición influirá de una manera muy apreciable.*

Leemos, en antiguas glosas, que para ejercer influencias sobre alguien, basta con mirar fijamente su fotografía, sugestionándolo. Esto se practica aún. Una fotografía, sin embargo, no crea ninguna relación; todo lo más puede ayudar a la memoria en el transcurso de la formación de las imágenes. Unicamente un negativo a la gelatina, impresionado por *pose,* y conservado en un paquete cerrado podría cons-

tituir una base secundaria de conexiones, a causa de la impregnación magnética del baño.

Del mismo modo, todos los objetos saturados por el influjo nervioso de un individuo, son otros tantos puntos de irradiación, flúidicamente ligados a su fuente primitiva. Nace de esto la estatuilla de los hechiceros y millares de otras recetas, mucho menos ineficaces de lo que parecen, de las que rebosan las recopilaciones góticas. Prácticamente yo aconsejo, para extraer beneficio de todo:

Reunir diversos objetos provenientes del sujeto (cartas, sobre todo) y repartir el conjunto en dos paquetes, uno de reducidas dimensiones que podrá llevarse personalmente, y el otro que se tomará en las manos en el momento de cada emisión.

No es cosa fácil apreciar la medida en la cual es eficaz este procedimiento; pero, dada su sencillez, conviene recurrir al mismo.

LA EMISION

Las dos fases precedentes —disponibilización y relación— se concatenan y concurren a engendrar un estado de vehemencia volitiva a favor del cual cada movimiento psíquico origina una intensa irradiación. La imagen primitiva (la de la relación), debe, entonces, ser diversificada de acuerdo con lo que se desea. Nos re-

presentamos al sujeto cumpliendo lo que tratamos de sugerirle, experimentando las impresiones y admitiendo las ideas susceptibles de inclinarlo a este cumplimiento.

No ha de pensarse nunca en la sujeción, pero sí siempre en el consentimiento deliberado. Hay que recurrir a la *representación del sujeto experimentando* espontáneamente el deseo de conformarse a lo que deseamos. Suponga el lector lo que sucedería si experimentase un irresistible impulso personal a satisfacerle y quisiera que eso tuviera lugar.

Tal como traté de hacerlo comprender en los capítulos precedentes, las imágenes así creadas puntualizan las intenciones del operador; pero su transferencia y, una vez transferidas, su potencia elaboradora de las disposiciones que las mismas requieren, depende de un vigoroso impulso interior que se podría expresar así: "Yo quiero que sea de este modo".

No echemos en olvido que el plan de cada sesión debe ser regulado de antemano, con el objeto de evitar la dispersión y los incidentes. No olvidemos, tampoco, que se puede, en los casos subjetivos, estudiar graduales modificaciones y no un éxito instantáneo (1).

Al principio de cada emisión, luego de la invocación de la imagen-relación, puede fijarse la

(1) Ver "Hipnotismo", del mismo autor.

atención por espacio de algunos minutos en la representación de la solución final, pensando: "¡Esto es lo que quiero! ¡Esto es lo que sucederá! ¡Esto es lo que voy imponiendo!".

Pero es preciso retornar de inmediato al presente, imaginar las disposiciones actuales del sujeto y sugerirle ligeras divergencias, que luego habrán de acusarse cada vez más.

Todo aquel que practica el hipnotismo sensorial y verbal, el que se halla habituado a provocar el sonambulismo y a manejar la sugestión, extraerá un utilísimo partido de sus conocimientos actuando, mediante la representación de los procedimientos de hipnotismo, en la imagen-relación.

Imaginándose que se halla en presencia del sujeto, le verá, sentado frente a él, experimentar las impresiones que conducen a la hipnosis. Una vez llegado a la imagen de este estado, se imparten sugestiones literarias como en la realidad, concediendo al sujeto la actitud que adoptaría si las registrase de una manera pasiva.

Aquellos que no se hallan familiarizados con los procedimientos hipnóticos, habrán de limitarse a evocar la imagen del sujeto, sentado y atento, luego a dirigirle mentalmente todas las palabras susceptibles de conmoverle, de convencerle, sin omitir de verle comprender y sentir.

DURACION Y FRECUENCIA DE LAS EMISIONES

En principio es conveniente prolongar cada emisión hasta el momento en que, debido al agotamiento de las disponibilidades energéticas, la exaltación flaquea y cae. La duración de una sesión debería medirse en razón inversa del vigor emisor del cual se es capaz. Cuando uno se propone vencer una dificultad considerable, el máximo compatible con un psiquismo medio, es una sesión diaria de dos horas.

RECUPERACION — RELAJAMIENTO CEREBRAL

No bien terminada la emisión, se imponen al experimentador dos prescripciones. Por de pronto, dejar de pensar en absoluto en el sujeto y en las preocupaciones que al mismo le ligan. Esta aplicación *del cambio voluntario de orientación psíquica*, de lo cual he hablado en *El Poder de la Voluntad*, es indispensable para evitar la obsesión.

Luego, buscar un relajamiento perfecto de los nervios y del cerebro, entregándose a cualquier entretenimiento sano. Sería lo mejor dormir profunda y largamente. Por esta razón he aconsejado la elección de las dos horas que preceden al momento de irse a acostar.

Como la actividad cerebral desplegada en el transcurso de cada sesión implica una combustión enorme de células, es conveniente facilitar su eliminación recurriendo, antes de entregarse al sueño, a pequeñas y repetidas dosis de un agua diurética.

SEGUNDA PARTE

PRODUCCION DE FENOMENOS EN SUJETOS DE EXPERIMENTACION

IV

LAS COMUNICACIONES CONCERTADAS

Condiciones de experimentación: A. El emisor. — B. El receptor. — La relación. — Las imágenes. — Los impulsos musculares. — Las comunicaciones emotivas. — Las transmisiones literales.

CONDICIONES DE EXPERIMENTACION

A. El emisor

Los *fenómenos psíquicos de proceso lento,* tales como la imposición del pensamiento cuya técnica hemos expuesto en el capítulo III, *dependen, sobre todo, de las cualidades de la emisión.* Si el sujeto es fácilmente influenciable, el operador llega a sus fines en un reducido

número de sesiones; en el caso contrario, éstas deben ser más largamente reiteradas pero, a la larga, un sugestionador hábil, enérgico y sutil llegaría inevitablemente a ejercer influencias sobre cualquiera.

En la investigación de los *fenómenos instantáneos el éxito* de los experimentos *depende principalmente de la sensibilidad del receptor* (1).

Basta al emisor un esfuerzo de atención, más o menos análogo al que cumplimos cuando tratamos de comprender algo complicado, y un poco de método.

La costumbre de fijar el propio pensamiento en imágenes precisas y sostenidas, el deseo de comunicarlo, facilitan siempre la tarea del transmisor, pero el virtuosismo y el ardor de éste último no pueden suplir la insuficiencia de las disposiciones receptivas del sujeto. Un receptor sensible y adiestrado capta, por el contrario, emisiones en extremo débiles.

B. El receptor.

Las personas activas, voluntariosas, realizadoras, se hallan mejor calificadas para emitir que para recibir. Entre dos individuos deseosos

(1) Entre los especialistas, ninguno parece, hasta este momento, haberse dado cuenta de esta diferencia entre los fenómenos "progresivos" y los fenómenos "instantáneos". Esto se debe, sin duda, al hecho de que algunos declaran que únicamente los "sujetos" —debemos entender los predispuestos, son accesibles a la sugestión mental.

de experimentar, es al más contemplativo a quien debía recaer el papel de receptor. Deberá tenerse en cuenta, por otra parte, cuánto favorecen a las comunicaciones de pensamiento la simpatía, la analogía de la cultura y la equivalencia de agudeza intelectual.

Lo que mejor prepara a la recepción de las ondas telepsíquicas, es la práctica del ejercicio denominado "aislamiento", que se indica en la mayoría de los manuales de educación de la voluntad (1). Este ejercicio consiste en rarificar y luego en suspender la actividad intelectual. Ahora bien, la recepción ha menester de la aptitud para un profundo recogimiento expectativo, aptitud que el ejercicio en cuestión desarrolla rápidamente.

LA RELACION

Los dos interesados (2) se pondrán de acuerdo sobre los días y las horas en los cuales tendrán lugar los ensayos, y situarán las últimas en momentos en que tanto el uno como el otro dispongan de todo el tiempo necesario para aislarse en el silencio, sin correr el menor riesgo de ser interrumpidos.

---

(1) Ver la obra "El Poder de la Voluntad". Constituye, por [illegible] así, la enseñanza elemental de la cuestión cuyo grado superior tratamos en el libro presente. Hallará el lector en la obra un método detallado para el aumento de las energías psíquicas y el robustecimiento del querer.

(2) Pueden ser varios los receptores que se esfuercen, individualmente, en captar el pensamiento del operador. Yo no aconsejo este método porque la relación simultánea con diferentes sujetos se establece dificultosamente y de un modo defectuoso.

El objeto de cada ensayo será dejado a la iniciativa del emisor quien, empero, habrá de especificar la especie de las imágenes a transmitir: visuales, auditivas, etc.

Debe reservarse un cuarto de hora, al principio de todas las sesiones, para establecer la relación telepsíquica. De acuerdo con la duración de la sesión, habrán de ensayarse una, dos, tres transmisiones a razón de una cada cuarto de hora.

En el momento de ponerse en telecontacto, los dos interesados tendrán especial interés, tanto el uno como el otro, en buscar una posición cómoda en la cual el bienestar orgánico confine con la incorporeidad. Cada uno de ellos conservará tan sólo una media luz ubicada a la espalda.

Durante cinco minutos, más o menos, pensar tan sólo en la realización de un relajamiento muscular, en una pasividad nerviosa completa.

En segundo lugar, el emisor evocará *in mente* la imagen del receptor. Por su parte, éste último se recogerá, dejará de pensar de un modo activo, suspenderá toda espontaneidad imaginativa, a fin de permanecer en la expectativa psíquica más absoluta.

Este estado ha sido llamado el *vacío mental*.

A manera de indicación complementaria, creo de mi deber decir que ciertos experimentadores han preconizado, para establecer la relación, la utilización de una fórmula que ambos interesados debían recitar el uno al otro

íntimamente, en la hora prevista para los ensayos, o munirse de una figura que contemplarían por espacio de algunos instantes.

Sería el caso de ensayar esto. Personalmente, me atengo a la evocación de la imagen, que me ha dado siempre resultados excelentes.

Por otra parte, cuando el emisor se siente *muy animado* intelectualmente, basta su intención pura y simple para tomar contacto con el sujeto.

LAS IMAGENES A TRANSMITIR

Los colores y las formas se comunican bastante fácilmente; luego vienen: los sonidos (1), los olores, los sabores, las sensaciones táctiles, las impresiones musculares, los estados emotivos (2) y las fórmulas generales.

He aquí las directivas que deben observarse en lo concerniente a cada grupo.

A. — COLORES Y FORMAS

Progresión

Una mancha coloreada de contornos vaporosos; una figura sencilla, fuertemente trazada en negro sobre un fondo claro (triángulo, circu-

(1) Dos operadores auditivos lograrán con toda facilidad la teleaudición; dos operadores visuales, la televisión.

(2) Debemos entender los estados emotivos improvisados. Las emociones reales se transmiten más rápidamente y mejor que toda.

lo, hexágono, corazón, letra mayúscula, etc.); una figura sencilla coloreada (corazón rojo, triángulo verde, etc.); una figura compleja coloreada (naipe de juego, palabra escrita en letras gruesas de color, objeto usual con sus tonalidades).

Emisor

El emisor contemplará atentamente un modelo material preparado de antemano, de lo que desea transmitir; luego, cerrando los ojos, construirá la imagen mental del mismo. Imaginará, finalmente, al sujeto viendo aparecer esta imagen. La duración conveniente para cada una de estas tres operaciones es de tres a cinco minutos.

Receptor

El receptor tendrá ante sus ojos una pantalla blanca, levemente teñida, uniformemente iluminada por la media luz, y dejará que su mirada vague apaciblemente, *indiferentemente*, por la pantalla en cuestión. Si acuden a él varias impresiones, habrá de anotarlas de una manera pasiva, teniendo en cuenta si una u otra se le aparece con mayor intensidad. De vez en cuando, cerrará lentamente los ojos y tornará a abrirlos, siempre con mayor lentitud, al cabo de algunos segundos.

B - SONIDO

Progresión

Un sonido ritmado y continuo (ejemplo: campanilla del reloj despertador); una serie de ruidos violentos (detonaciones, golpes en el batintín); un arpegio; un contorno melódico breve y nítido (ejemplo: *leitmotiv* de la espada); una orden brusca (¡Levántese usted! ¡Atención!); una frase breve y expresiva.

Emisor

La audición real de lo que desea transmitir le ayudaría de un modo considerable, sobre todo al comienzo. Habrá de visualizar al receptor, suponiendo que este último se halla presente y que parece oírle. A falta de audición real, pueden bastar los simples recursos autoalucinantes.

Receptor

Para la recepción de los sonidos, es preferible la oscuridad opaca. Naturalmente, se impone el silencio. El receptor, sentado o echado, podrá sumirse en una leve somnolencia.

C. — OLFATOS Y SABORES

Proceder de una manera análoga a la precedente. Cuanto más poderoso es un olor o sabor,

más fácilmeste se transmite. El emisor recurrirá siempre a la ayuda del juego real de sus sentidos. Como anteriormente, la imagen del sujeto y el hecho de figurarse que percibe la emisión, son indispensables.

D. — SENSACIONES TACTILES

Progresión

Pinchadura de alfiler, contacto helado, leve corriente de aire, aplicación de las manos, impresión de ser tironeado hacia atrás por los hombros.

Emisor

Recurrirá, según le agrade, a uno u otro de los procedimientos siguientes:

—Someterse a sí mismo a la causa real de la sensación a transmitir, figurándose que ve al sujeto sentirle al mismo tiempo que él.

—Imaginar al sujeto presente y actuar sobre ese fantasma.

Receptor

Siempre pasivo, tratará de apartar de sí mismo toda fuente de impresión real. susceptible de inducirle a error.

E. — IMPULSOS MUSCULARES

Progresión

(El sujeto siempre sentado al comienzo de la sesión). Movimientos simples: ponerse en pie, alzar un brazo, mover una pierna, etc. Deambulación: levantarse y avanzar, ir hacia la derecha o hacia la izquierda, volverse, describir, en una palabra, una trayectoria definida. Actos sencillos: Tomar un objeto, cambiarlo de sitio, dejarlo caer; actos complejos: fumar, escribir, tocar un instrumento de música, etc.

Emisor

La simple orden quedaría sin efecto en el noventa por ciento de los casos. Se debe formular las sugestiones en imágenes. *Vean* (en la imaginación) al sujeto poner en pie y *sigan* la descomposición de los movimientos sugeridos. De esa suerte, para comunicar el impulso de caminar, es preciso, mediante el pensamiento, animar alternativamente las piernas del receptor. Cada uno de los gestos debe ser visualizado lentamente, en toda su extensión, de cuatro a veinte veces consecutivas.

Receptor

Deberá tomar asiento al principio de la sesión. Media luz, a fin de evitar los tropiezos.

F. —ESTADOS EMOTIVOS

Tal como creo haber conseguido que lo comprendan, la emoción constituye la clave de las acciones a distancia. Espontánea, se comunica por sí misma y a veces suscita de improviso un fenómeno de percepción integral. Hemos visto, en el capítulo anterior, por qué y cómo es posible suscitar en uno mismo impulsos emotivos cuando queremos imponer nuestro pensamiento.

Se trata, aquí, de comunicar estados que nos imaginamos pero que no experimentamos necesariamente. Los prácticos diestros en autosugestión, que aprendieron a hacer reaccionar en sí mismos su imaginación, sabrán extraer provecho de esto y colocarse, evocándolo, en tal o cual estado de emoción.

Se brindan dos métodos al experimentador:

—Imaginar que siente una emoción cualquiera y que el receptor tiene conciencia de ella.

Imaginar que el receptor experimenta esta emoción y tratar de conmoverse personalmente ante esta representación.

No existe ninguna progresión susceptible de ser considerada. Todo estado afectivo, netamente representado, puede comunicarse tan bien como cualquier otro. El emisor apreciará por sí mismo, de acuerdo con su propia psicología y la del receptor, qué estados son más convenientes.

G. — TRANSMISIONES LITERALES

Transmitir una frase o una orden, literalmente, sin ayuda de un impulso emotivo, ha menester de una concentración atenta y ejemplar, y por otra parte, de una percepción aguda.

Esta regla tiene excepciones; por lo menos excepciones *aparentes*. He comprobado en algunos raros individuos, una extraña facilidad de sugestión literal, incluso sobre personas desprevenidas.

Uno de mis alumnos que, sin entusiasmo, en la víspera de una entrevista había sugerido a un amigo, sin que éste lo supiera, que le formulase una proposición determinada, efectivamente oyó que le proponía lo que deseaba, e *incluso* en los *mismos términos* en que *él* sugiriera la proposición.

Consiste el procedimiento más racional en escribir la fórmula que vamos a comunicar, con una escritura firme, clara, resuelta, en papel nítido; en exponer este papel a los rayos de una potente lámpara y en repetir los términos de la fórmula, siguiéndolos con la mirada, enunciándolos mentalmente, imaginando su asonancia, expresándolos a continuación bajo una forma imaginada pero con la persistente idea de que el sujeto comprende, accede.

Es preciso ver a este último dar muestras de condescendencia, figurárselo presente y atento, comprensivo de primer intento.

El receptor utilizará una pantalla clara, como para la recepción de imágenes. Si el sentido de la frase es conmovedor, tal cosa ha de ser un apreciable elemento de éxito.

V

LA SUGESTION MENTAL EN SUJETOS DE EXPERIMENTACION DESPIERTOS O PREVIAMENTE HIPNOTIZADOS

Adiestramiento de los sujetos. — En el estado de vigilia. — El "cumberlandismo", su técnica, su papel educativo. — La sugestión mental sin contacto. — En el estado de hipnosis. — Verdadera concepción de los estados secundarios. — Proceso de hipnotización. — Cómo la sugestión favorece la percepción. — Indicaciones prácticas.

Cuando se opera en la propia casa sobre sujetos presentes y es posible renovar los ensayos, se puede adiestrar a esos sujetos, desarrollar su percepción, sea en estado de vigilia, por un procedimiento que me dispongo a des-

cribir, sea en estado de hipnosis, por medio de sugestiones verbales reiteradas.

EN ESTADO DE VIGILIA

Adiestramiento de la pasividad mental mediante los procedimientos de Cumberland.

Este procedimiento descansa en las inevitables manifestaciones musculares del pensamiento. Tomen ustedes la muñeca de una persona que pensará con fuerza en hacerles ejecutar un movimiento cualquiera; con un poco de atención, habrán de percibir un impulso que recibe su brazo de su cerebro, y que transmite a vuestra mano.

Algunos experimentadores, virtuosos de esta *lectura muscular*, consiguen simular con su ayuda la *lectura de pensamientos*. Nos ruegan que les ordenemos mentalmente un acto, nos toman de la muñeca e interpretan con bastante habilidad sus estremecimientos para ejecutar, guiados por nosotros mismos, el acto requerido.

Para lograr éxito en esto, es preciso saber apartar la atención de las impresiones exteriores, de los concatenamientos de ideales que tienden a perdurar en el espíritu, de los cálculos que la imaginación origina tan de buen grado; en una palabra, hay que colocarse en una condición semejante a la que las escuelas psíquicas orientales denominan *noche mental*.

El *cumberlandismo* permite, pues, ejercitar

a un sujeto a tornarse pasivo, a interrumpir su actividad intelectual, cosa que agudiza considerablemente su percepción relativa a las sugestiones mentales sin contacto. He aquí por qué yo utilizo y aconsejo este procedimiento —conocido con el nombre de su inventor— y cuya técnica detallada es la siguiente:

1º — Escoger, en el local donde se opera, un lugar en el cual iremos a colocarnos con el sujeto, en oportunidad de cada ensayo. Este será el punto de partida de todas las trayectorias que habremos de sugerirle ulteriormente.

2º — Imaginemos un acto que el sujeto debe llevar a cabo. Al principio, será una cosa sencilla. Por ejemplo: ir al aposento contiguo, tomar un objeto y depositarlo encima de una silla.

3º — Descompongamos este acto en tantos movimientos parciales como sean necesarios para llevarlo a cabo. Ejemplo: caminar hacia la puerta — volverse hacia la puerta — levantar el brazo — llevarlo hacia el picaporte — tomar el picaporte — hacerlo girar (o empujar) — entrar en el aposento donde se encuentra el objeto a tomar — avanzar hasta ese lugar — detenerse — levantar el brazo — tomar el objeto — retirar el brazo — volverse hacia la silla — marchar hacia la silla — y depositar en la misma el objeto tomado.

4º — Pidamos al sujeto que nos tome la muñeca derecha con su mano izquierda, con bastante firmeza.

5º — Concentremos nuestra atención en el primero de los movimientos a sugerir (caminar). Imaginemos que estamos viendo al sujeto avanzar una pierna, luego la otra. Insistamos en esta representación hasta que el sujeto se marche. Sigamos impulsándolo con el pensamiento, yendo en su seguimiento. (El sujeto debe conducirnos, caminar adelante nuestro, lo cual, en presencia de profanos, crea completamente la ilusión de una lectura de pensamientos). Cuando el sujeto arriba al término de la ejecución de la primera orden, impartámosle la segunda, siempre bajo la forma de imagen, acompañada por una impulsión mental enérgica.

6º — Si el sujeto se equivoca, veámosle interrumpir el movimiento erróneo, ordenándole: "¡Deténgase!". Cuando ha interrumpido su movimiento, retornemos a la sugestión en el punto en que la habíamos dejado.

7º — Prosiguiendo la serie de nuestras sugestiones parciales, aseguraremos la ejecución integral del acto deseado.

Mediante la costumbre, se logra obtener el cumplimiento de los actos más complejos, con sorprendente rapidez. Esto podría ser utilizado como un juego de sociedad e incluso como una atracción para sala de espectáculos.

Desde el punto de vista en que aquí nos colocamos, el procedimiento de Cumberland predispone al sujeto y al operador a la sugestión mental sin contacto, porque desarrolla la per-

cepción del primero, e induce al segundo, al mismo tiempo, a la concentración de los pensamientos.

Experimentación sin contacto.

Es conveniente escoger un sujeto al cual resulte familiar el método de Cumberland, y un momento en que el citado sujeto parezca sentirse en buenas disposiciones. El objeto de las tentativas es algo más o menos sin importancia, pero yo aconsejo que se empiece siempre con una u otra de las experiencias siguientes:

I. — Dispongamos encima de dos o tres mesas, diez, veinte, treinta objetos. Procedamos, al principio, con contacto, hasta que el sujeto llegue frente a aquella de las mesas en que está el objeto que mentalmente habíamos especificado. Una vez allí, cesemos el contacto y prosigamos nuestro esfuerzo sugestivo. El receptor no deberá darse prisa, sino aguardar un impulso suficientemente neto. ¿Será preciso decir que en este experimento, tal como en los anteriores, el emisor tiene que expresar sus sugestiones por medio de imágenes? Si el emisor se toma el trabajo, la víspera, o incluso con algunos días de anticipación, de consagrar cierto tiempo al objeto, a fin de construir una imagen cabal del mismo, el experimento marchará muchísimo mejor.

II. — Vendemos los ojos del sujeto, y colocándonos detrás de él, esforcémonos en obte-

ner, de su parte, algunos movimientos en el mismo lugar: levantar un brazo, volver la cabeza, etc. Luego, hagamos describir una trayectoria perfectamente determinada.

Todos los ensayos del capítulo IV (comunicación concentrada) pueden, naturalmente, ser practicados con un sujeto adiestrado, como acabamos de verlo.

EN ESTADO DE HIPNOSIS

Sin duda he de asombrar a más de uno de mis lectores, especialmente a alguno de los muy numerosos que lograron y estudiaron los fenómenos enunciados en mi *Método Científico Moderno de Hipnotismo*, si les digo que la realidad de los estados de hipnosis ha sido puesta en duda, y hasta negada, por hombres que son considerados cumbres debido al título que ostentan.

Estos seres sagaces han discernido el carácter sencillo de las teorías de Braid, la rigidez excesiva de las de Charcot, la falta de precisión de las doctrinas de Liébeault y las imaginaciones demasiado abundantemente mezcladas al sistema de los magnetizadores. Luego, muy gravemente, *arrojaron al niño junto con el baño.* Considerando inoportuno el prolongado derroche de tiempo y de esfuerzos indispensable a quien desea entregarse a frecuentes ensayos de obtención de los *estados psíquicos parti-*

culares, otrora llamados *hipnosis* (1), los doctores en cuestión no podrían jactarse de un criterio experimental suficiente. A este último, deberán recurrir *únicamente,* los que quieran saber la verdad.

Ensayemos las maniobras hipnóticas en cien individuos. Acaso no observaremos ni siquiera en uno de ellos los famosos *estados clásicos* (2) (catalepsia, sonambulismo y letargia), producidos por la conjunción de un terreno nervioso especial, de un procedimiento singular y de la influencia doctrinaria de la Salpêtriere, pero sí, con toda seguridad, extrañas modificaciones momentáneas de la condición psíquica normal de los sujetos.

Figurarán entre estas modificaciones, en un 20 por ciento de los casos, la inconsciencia y el grado de poder de sugestión que permite apagar la sensibilidad e impresionar el sistema nervioso al punto de activar o de demorar instantáneamente toda función.

Habremos de comprobar, no un estado fijo, siempre condicionado por igual, sino tantas hipnosis diferentes como sujetos se hallan afectados por las mismas.

Esta diversidad, excelente para desconcertar a cualquiera que no haya puesto a prueba un gran número de sujetos, esta inconsistencia

(1) Aunque estos estados muy raras veces ofrecen con el sueño, la analogía implicada por la elección del vocablo "hupnos"

(2) De los cuales los manuales de preparación al doctorado en medicina describen aún el detalle, aunque las teorías hipnóticas de Charcot estén oficialmente reprobadas en la actualidad.

que extravía el juicio de algunos ilustres neurólogos y psiquíatras no ha sido pasada por alto por ninguno de los que, habiendo hecho del hipnotismo el asunto principal de su vida, lo practicaron con asiduidad, convirtiéndose en los maestros verdaderos del mismo.

Señalaba Donato (1), en una obra aparecida en 1882 (2), la fugacidad de los caracteres clásicos de la hipnosis. Alejandro Lapôtre (3) la analiza en una de sus obras (4). Yo mismo la indicaba en mi primer trabajo, un modesto opúsculo, publicado en 1909 (5).

La digresión precedente me ha parecido un preámbulo de utilidad para la exposición de los procedimientos que aconsejo para provocar la hipnosis, porque la misma comenta la directiva esencial a cualquier tentativa hipnótica. No debemos aguardar una reacción que podríamos expresar gráficamente como *salto del resorte*, luego del cual el sujeto se ve reducido al estado de autómata pasivo e inconsciente, sino buscar *una alteración más o menos acentuada de la actividad psíquica consciente*, que sobrevenga

(1) Alfredo, barón de Hont, llamado Donato, fallecido en París, en 1900 y cuyo nombre se ha convertido en la etiqueta común de cierto número de imitadores.

(2) "La Fascinación Magnética", por Cavailhon, prefacio de Donato, París, 1882, Dentú, editor.

(3) Célebre vulgarizador que mereció realmente su título de Más Grande Hipnotizador Francés, ofreciendo durante 25 años más o menos todas las noches, demostraciones de hipnotismo rigurosamente leales.

(4) "Método Práctico de Hipnotismo", 2a. Ed. París. 1924. El Boudier, editor. Prefacio del Dr. H. Jean. Notas del Dr. Joly.

(5) "Hipnotismo y Sugestión", París, 1909. Eichler, Editor.

paralelamente a una extensión de la actividad psíquica subconsciente.

Esta última extensión implica la de la percepción de las sugestiones mentales. De aquí el interés de la hipnosis desde el punto de vista de los fenómenos de los cuales trata este libro.

PROCEDIMIENTO PARA PROVOCAR UN ESTADO DE HIPNOSIS

No debemos preocuparnos por la edad, el sexo o el grado de vigor físico (1), ni por el estado de intelectualidad del sujeto. La aptitud para los estados secundarios depende de uno o de varios elementos mal definidos que no excluye ninguna característica apreciable (2).

Hagamos sentar a nuestro colaborador eventual frente a nosotros y a la luz, a la cual daremos la espalda.

1º — Oprimamos en nuestras manos los pulgares del sujeto. Invitémosle a que nos mire. Dirijamos y mantengamos nuestra mirada en el punto equidistante de los bordes internos de los ojos. Pensemos atentamente que dará señales de fatiga ocular. Continuemos hasta que el reflejo palpebral se acelere notablemente. Si

(1) Es preferible excluir: 1º a los epilépticos; 2º a los histéricos; 3º a los cardíacos; 4º a los candidatos a la parálisis y a los que la padecieron, no porque exista el menor peligro, sino porque si ocurriera, al enfermo, poco después de la hipnotización, algún desorden consecutivo a su estado no dejarían de achacárselo al experimentador.

(2) En lo que atañe a las señales reveladoras de los sujetos fáciles de hipnotizar, ver el "Método de Hipnotismo" del autor de esta obra.

tal cosa no se produce al cabo de cinco minutos, pasemos de cualquier manera a la segunda maniobra.

2º — Pongamos ante los ojos del sujeto, más o menos a 10 centímetros de distancia, una varita de madera o de metal terminada en una bola, o por lo menos en algo que sobresalga. Invitemos al sujeto a que mire fijamente la convexidad de la varita y a que siga sus movimientos. Hagamos describir al punto que el sujeto mira con fijeza, muy lentamente, un cicloide descendente, desplazando el punto de centro más o menos en un milímetro cada vez. Digamos al mismo tiempo con voz clara, pausada, bastante queda: "Sus párpados se están tornando pesados, se cargan. Usted siente una especie de picoteo en los ojos, una pesantez cada vez más definida en los párpados. Ve usted como una niebla, como un velo. Usted se está entumeciendo. Su cabeza se torna confusa. Sus ojos se cierran...". Reiteremos estas sugestiones hasta que se obtenga la oclusión de los ojos.

3º — Pasemos detrás de él. Apliquemos nuestras manos lateralmente sobre su rostro, a la altura de los ojos, con los dedos mayores levemente apoyados en los globos oculares. Sugiramos el apesantamiento de la cabeza: "Su cabeza se está volviendo pesada, más pesada, cada vez más pesada. Pesa enormemente, como si fuera de plomo...". Insistamos hasta que la cabeza se incline hacia el pecho.

4º — Volvamos a ubicarnos frente al sujeto. Coloquemos nuestras manos, de plano, sobre su cabeza, con los pulgares juntos en el medio de la línea de implantación de los cabellos. Describamos sin tregua, con un ritmo constante, fricciones en semicírculo, tangencialmente a las cejas, con el extremo de los pulgares sobre la frente. Afirmemos la llegada del sueño (1): "Ahora usted tiene sueño. Siente que se va a dormir. Experimenta una irresistible necesidad de sueño. El sueño le invade, le domina. Usted siente algo así como un entumecimiento general. Se duerme. Se duerme cada vez más profundamente. Todo se torna negro, cada una de mis palabras le adormece más profundamente. Sueño... sueño... sueño profundo. Usted está dormido, tan bien dormido... que cuando yo diga *siete* caerá en un profundo sueño". Contemos lentamente hasta siete.

5º — Oprimamos con bastante fuerza la raíz de la nariz y el vértice del sujeto y digamos, articulando con la mayor nitidez posible: "Duerma, duerma; usted está durmiendo. A cada segundo que pase, dormirá más profundamente. Nada puede despertarlo antes de que yo quiera. Sueño cada vez más profundo. Dormido. ¡Duerma!".

---

(1) Tan sólo luego de haber logrado: a) la fatiga ocular, b) la oclusión de los ojos, c) el apesantamiento de la cabeza, debemos permitirnos sugerir el sueño. La mayor parte de las personas experimentan una aprensión de perder la conciencia y reaccionan de un modo inconsciente contra los efectos hipnóticos a la mera palabra "sueño". Una vez agobiadas, reaccionarán [illegible] menos

Atenuemos la luz. Alcemos con la mayor delicadeza uno de los párpados del sujeto. Si el globo del ojo está revuelto o si la pupila se halla dilatada o cerrada de un modo notable, la condición psíquica del sujeto ha sufrido una modificación. Difiere de la normal, en el sentido indicado en esta misma obra.

Podemos ensayar las diversas pruebas utilizadas para apreciar el grado de hipnosis: anestesia sugerida, contracturas sinérgicas, indiferencia a la aspiración del amoníaco (1), etc.

Impartiendo al sujeto dos o tres órdenes verbales, podremos forjarnos un juicio acerca de su pasividad. Sea como fuere, hagámosle varias veces las siguientes sugestiones: "Usted no está pensando en nada. Usted ha dejado de pensar. Usted piensa únicamente en lo que voy a sugerirle de palabra o mentalmente. Voy a concentrar mi voluntad en diversas imágenes, en diferentes ideas, que habrán de comunicarse a su espíritu y que se impondrán a su atención".

Una vez hecho esto, los ensayos de comunicación de pensamiento o de sugestión mental podrán ser iniciados, de acuerdo con lo expuesto en el capítulo IV, o según lo dicho en el capítulo presente, en lo que concierne a la experimentación en estado de vigilia.

---

(1) Ver a este respecto mi "Método de hipnotismo". Se hallarán en el mismo, por otra parte, nuevos procedimientos de hipnotización.

Cuidémonos muy bien de poner en tela de juicio nuestra aptitud, o de suponer una cosa extraordinaria la obtención de estas manifestaciones.

Los principiantes tienen a menudo, por otra parte, la buena suerte de encontrar, desde su ensayo primitivo, sujetos muy bien dotados, muy sensibles.

Y hasta diré que muchos han logrado éxito, de primer intento, a mi vista, obteniendo manifestaciones netas e instantáneas.

Por lo general, son necesarios entre tres y cinco minutos de acción para la producción del fenómeno.

Pero acaece que la emisión mental del operador actúe desde el primer segundo.

Una palabra final: evitemos actuar con más de dos o tres personas presentes, sobre todo en los comienzos, o con un sujeto *nuevo*, y logremos de los circunstantes un silencio absoluto.

VI

LA HIPNOSIS POR ACCION MENTAL

1. Sobre un sujeto que haya sido hipnotizado varias veces por los medios comunes.
2. — Sobre una persona que no haya sido objeto de hipnotizaciones previas

I

SOBRE UN SUJETO QUE HAYA SIDO HIPNOTIZADO VARIAS VECES POR LOS MEDIOS COMUNES

Sabemos que existen cuatro factores de hipnotización:

a) Las excitaciones sensoriales.
b) La sugestión verbal.
c) La radioactividad fisiológica o magnetismo animal.
d) La acción psíquica propiamente dicha (1).

(1) Ver mi "Método de Hipnotismo".

Cuando se trata de determinar fenómenos hipnóticos en un sujeto presente, es conveniente y juicioso utilizar al mismo tiempo los cuatro elementos de influencia.

Además de la ventaja cuantitativa de su totalización, se tiene, también, la certeza de afectar a aquel de los modos de sensibilidad que predomina en el sujeto.

En efecto, ciertos individuos son más sensibles al factor *a*), otros al factor *c*), etc.

Cuando se desea realizar la posibilidad de provocar la hipnosis de improviso y a una distancia más o menos dilatada, el factor *d*), que es el único que puede utilizarse, contribuirá al éxito mucho más fácilmente con un sujeto que sea más sensible a dicho factor que a los tres primeros, de lo cual podemos cerciorarnos muy bien, sometiendo a cada uno de los sujetos de que disponemos a cuatro series de creaciones respectivamente sensoriales, verbales, magnéticas y psíquicas. Si no hay lugar a efectuar una elección, es posible ensayar sobre cualquier persona susceptible de ser hipnotizada.

Luego de haber llevado al sujeto a percibir las sugestioses mentales, de acuerdo con las instrucciones enunciadas en el capítulo anterior, se torna posible adormecerle y despertarle mediante un simple esfuerzo de voluntad.

Cuando este último resultado se hace habitual, cuando ya no requiere el mínimo esfuer-

go, se lo obtiene a gran distancia, así como a algunos metros.

Ha sido brindado por el señor Ochorowicz (1), en su libro titulado *La Sugestión Mental* (2) un informe en extremo interesante sobre un experimento de esta índole, repetido en diversas oportunidades por una comisión de sabios y de médicos (3). Hallaremos otros ejemplos en el libro de Boirac (4) *La Psicología ignorada* (5).

II

SOBRE UNA PERSONA QUE NO HAYA SIDO OBJETO DE HIPNOTIZACIONES PREVIAS

El lector atento de los tres primeros capítulos de este libro sabe que las opiniones son dispares en cuanto a la posibilidad de semejante fenómeno; conoce las bases de la opinión afirmativa; arribará a la conclusión de que tan sólo el experimento, realizado personalmente, puede, en la emergencia, conceder una certidumbre a cada cual.

He mostrado ya en el capítulo III cómo se ejerce la influencia a distancia, sobre quienquiera, a despecho del sujeto. Cualquiera que

---

(1) Agregado a la Universidad de Lemberg.
(2) Doin, editor, París, 1887.
(3) En especial, los profesores Janet, Myers, Gibert, Marillier y Ochorowicz.
(4) Rector de la Academia de Dijón.
(5) Alcan, editor, París, 1913.

sea el resultado buscado, la hipnosis en particular, la técnica preparatoria y operatoria sigue siendo la del capítulo en cuestión.

Es decir que, en la casi totalidad de los casos, sería inútil aguardar un estado secundario, bien caracterizado, de una sola sesión de acción mental. Es indispensable la repetición del esfuerzo emisor, como para cualquier otro efecto de acuerdo con una imagen precisa.

Por otra parte, se impone una condición esencial, conformemente con los principios expuestos en el capítulo III, a cualquiera que intente obtener la hipnosis a distancia en sujetos no "trabajados": la de estar hecho a la experimentación hipnótica común, a la que se practica con la ayuda de la mirada y de la palabra sobre personas presentes.

Unicamente un experimentador para quien la producción de la hipnosis se ha tornado familiar, puede *imaginar*, sugerir con precisión la llegada de la misma.

Por lo demás, creo haber insistido suficientemente sobre el importante papel de las imágenes mentales en la telepsiquia.

Las diversas representaciones que deben utilizarse en el ensayo de obtención del hipnotismo a distancia, son las que expongo a continuación:

1ª — Imagen del sujeto, presente, sentado ante el operador, tal como se hace cuando se trata de hipnotización verbal.

2ª — Imagen de la ejecución de la primera maniobra y de los efectos que la misma determina.

3ª — Imágenes sucesivas de las maniobras que siguen a la precedente y de sus efetcos respectivos.

4ª — Imagen del sujeto en estado integral de hipnosis.

El impulso volitivo, cuyo indispensable ardor conocemos, en este caso estará caracterizado por una resuelta intención de provocar el sueño hipnótico. Esta intención, por sí sola, bastaría para afectar al sujeto, siempre y cuando se la emita largamente y se la reitere cada día, por espacio de algunas semanas.

Pero, sin representación muy neta del estado que se desea, se influiría de una manera imprecisa y el sujeto habría de experimentar una especie de mal definido embotamiento.

Creemos innecesario decir que una vez lograda la hipnosis, la sugestión se torna posible. Así como un sujeto al cual dormimos con la mirada y con la palabra llega a su grado máximo de sugestibilidad, aquel a quien hipnotizamos por acción a distancia se vuelve sugestionablemente, en tanto es mantenido en estado de hipnosis.

El despertar no tropieza con dificultades. Se efectúa, apenas lo sugerimos, como en la experimentación común.

TERCERA PARTE

ADAPTACIONES DIVERSAS

VII

LA COMUNICACION TELEPSIQUICA DE LOS SENTIMIENTOS

Consideraciones generales. — El dinamismo pasional. — La detención de la dispersión del dinamismo. — La gestión interna. — El plan. — Las notas de disponibilización. — El informe. — Detalle de la emisión cotidiana.

CONSIDERACIONES GENERALES

En una obra anterior, consagrada a las doctrinas herméticas (1), evoqué *el oculto poder de atracción, inseparable de cualquier vehemencia interior.*

En esta *obra* voy a despojar a este arcano de

(1) Ciencia Oculta y Magia Práctica.

sus hieráticos velos, aprovechar netamente su voluminoso relieve, a fin de que dispense a los doloridos su bienhechora claridad. Mi tarea, por otra parte, se halla ampliamente esbozada. El lector atento de los tres primeros capítulos de este libro ha comprendido ya que, desde el instante mismo en que un alma se conmueve intensamente de amor, de afecto, de amistad, espontáneamente dispone de una posibilidad de influencia psíquica proporcional al *ardor* del sentimiento que experimenta.

Digamos —con el objeto de prevenir una inevitable objeción— que la insuficiencia de este condicional *ardor* explica lo inoperante de múltiples sinceridades y que, únicamente asegura su resonante eficacia su gestión reflexiva.

De esto, por otra parte, anotemos el corolario: Cuando la vanidad, la ambición, la venalidad provocan el deseo de inspirar el amor, de perpetuarlo o de hacerlo renacer, pocos recursos les son brindados por la acción telepsíquica, porque no es posible comunicar un estado si no se lo experimenta; a veces es cierto que podemos *imponerlo,* pero la firmeza dominadora, la exaltación imperiosa, indispensables para esto, suponen, o bien predisposiciones excepcionales, excluídas de los caracteres vulgares, o bien prerrogativas adquiridas a costa de un acceso dispensador de singular desprendimiento.

Lo que ha de seguir, pues, es únicamente para las ternuras verdaderas, para las pasiones específicamente amorosas. Aunque egoístas,

puesto que se preocupan de recibir y no tan sólo de dar, son seguramente útiles, con mucho, y preferibles siempre a las tibiezas hoscas de la inercia.

EL DINAMISMO PASIONAL

Apenas se despierta una pasión, parecen crecer todos los recursos interiores. Una impulsividad desacostumbrada anima al mismo tiempo al *organismo*, a la *imaginación* y a la *voluntad*. Se tiene la impresiós de que salimos de un prolongado embotamiento y de que sólo en ese instante empezamos a vivir con plenitud.

En especial, el pensamiento se muestra considerablemente más activo que de costumbre. Es que se está elaborando abundantemente el vigor anímico. Vemos de primer intento la importancia de esos aflujos: condición primordial de una irradiación poderosamente influyente, la elaboración copiosa de las energías psíquicas basta para lograr la comunicación de las disposiciones que la generan, para afectar su objeto y para despertar en él disposiciones recíprocas.

Desgraciadamente, la receptividad de este último puede hallarse perturbada por una o varias causas: disonancias serias entre los dos caracteres, inclinación experimentada por cualquier otro cansancio, rivalidad, preocupación, derivativos. Entonces, no basta la influencia *espontánea* del pensamiento; es preciso re-

currir a su influencia condensada y *reflexiva*, de manera tal que duplique, triplique, decuplique su potencia.

Hemos visto ya, en el capítulo III, cómo proceder, en general, en un caso semejante. Vamos ahora a puntualizar, adaptándola al caso particular de dificultad sentimental, la enseñanza del capítulo en cuestión.

Ante todo, retengamos lo siguiente:

Desde el momento mismo en que existe pasión, sentimiento, deseo, con tal de que el ardor de los mismos sea vivaz, se dispone de una potencia suficiente para ejercer influencia sobre lo que suscitó este impulso.

Pero si la elaboración del energetismo psíquico se halla entonces asegurado, su condensación requiere una inmediata detención de la emisión discontinua, a la cual se sienten inclinados los corazones desdichados.

Esta dispersión constituye uno de los escollos más graves. Si no se sabe, previamente a cualquier tentativa de acción a distancia, dominar la agitación que dispersa, sin ninguna utilidad, la energía psíquica, la esperanza de triunfar renuncia a su único apoyo.

LA DETENCION DE LA DISPERSION DEL DINAMISMO

Los contratiempos, las heridas, los pesares sentimentales se tornan de buen grado decepcionantes. Se implanta la idea fija, agita su

cesar el espíritu, impele a la imaginación a los vagabundeos más delirantes y retiene tan despóticamente la atención, que hasta el mismo sueño se torna molesto.

Para algunas personas, apartarse por un momento de la evocación de las mil y una ensoñaciones expresivas de su estado, poner término a la, digamos, posesión ficticia mediante la cual engañan su dolor, implica un verdadero suplicio. Esta tensión perpetua *imposible para todo otro objeto,* aparece de una manera espontánea en la pasión contrariada, en razón misma *del influjo* energético inseparable de cualquier estado afectivo intenso, ardiente, violento. Engendra una emisión psíquica continua y dispersa inevitablemente en mil pensamientos, palabras, impulsos, el dinamismo que suscita.

Resulta de ello que el interesado *no dispone* en momento alguno de un potencial *suficientemente condensado para actuar con fuerza.*

Es por esto que los que pretenden que "si la telepsiquia existiera, ellos tendrían gran influencia, puesto que piensan el día entero en el objeto de su preocupación", se engañan de medio a medio.

Supongamos que desde una ventana, situada en un cuarto piso, queremos derribar un obstáculo de la calle y que, para ello, disponemos de un *stock* diario de 50.000 hojas de papel. Si, desde el alba hasta la puesta del sol, arrojamos contra el obstáculo, una hoja por segundo,

tal cosa no tendría el mínimo efecto. Pero si, reservando nuestro *stock* para un instante determinado, digamos de las cinco a las seis, lo repartimos en paquetes de uno o dos millares de hojas, y a la hora prevista bombardeamos el obstáculo con esas masas compactas, poco a poco lo iremos moviendo, hasta verlo muy pronto derrumbarse. Comparación esta muy simple, pueril; de acuerdo. Pero con toda seguridad muy útil para hacer comprender: 1º La inutilidad de suponer un efecto cualquiera de una idea fija incansablemente examinada. 2º, la necesidad de suspender durante horas su pérdida de energía mental, cuando se desea constituir con ella una reserva susceptible de ser eficazmente proyectada.

La primera regla que debe observarse cuando se tiene la intención de comunicar un sentimiento, consiste en prohibirse el pensamiento de la misma, por lo menos el pensamiento constante, durante veintidós o veintrés horas sobre veinticuatro.

Es preciso, de una manera deliberada, apartar la atención del sujeto y de todo lo que con él se relacione, fijar esta atención en órdenes de ideas, en tareas, en derivativos previstos.

Los que no se hallan prácticamente familiarizados con los principios elementales de la educación písiquica, en especial con el cambio voluntario de pensamiento, considerarán una cosa terriblemente difícil resistir al impulso pasional que tiende a acaparar su impulso men-

tal, y sofrenarlo hasta el momento diario escogido para la proyección metódica del potencial acumulado de esta suerte.

Es necesario imponerse el esfuerzo de contener las palabras y los diversos impulsos que nos sentimos inclinados a exteriorizar bajo la presión del dinamismo emocional; no ceder a la tentación de hablar, de confiarnos, de charlar por los codos; en una palabra, hay que *retener en sí mismo* la fuerza cada vez que, bajo una forma más o menos insidiosa, trata de libertarse.

Por cierto que esto no es agradable, ¿pero no existe una enorme compensación si pensamos que nos armamos así para combatir la dificultad, para obtener lo que deseamos por sobre todas las cosas?

LA GESTION INTERIOR

El adepto bien compenetrado de lo que constituye un generador de energía —de esa energía que se trata de utilizar emitiéndola metódicamente— observará, además de las reglas precedentes, los principios más idóneos para la elaboración máxima y para la cuidadosa condensación de sus fuerzas psíquicas.

En lo que concierne a lo moral, deberá ceñirse a un empleo preciso del tiempo, sin dejar la menor laguna a favor de la cual puedan retornar a su curso las espontáneidades imaginativas o exteriores; en lo que atañe a lo físico,

es preciso una higiene general minuciosa. A este respecto, se recomienda una nueva lectura del capítulo III de esta misma obra.

El aislamiento (1) favorece la condensación. Se recomienda desde este punto de vista. Por otra parte, facilita la propia vigilancia, la cual tiende a mantener los pensamientos personales, las propias palabras y actos de *un modo constantemente reflexivo.*

La concentración en sí mismo del dinamismo emocional tiende a determinar una atracción, una especie de imantación psíquica que actúa de una manera constante en el sujeto.

Por lo tanto, es conveniente vedarse todo apresuramiento a su respecto, no tratar de verlo, ni evitarlo, y conservar, en su presencia eventual, la actitud de la más cortés indiferencia. Bajo el dominio de la atracción que no demora entonces en experimentar, el sujeto siente un deseo cada vez más obsesionante de acercarse a la persona que de esta suerte influye en él, de buscarla, de lograr su atención, de permanecer en su ambiente. *No vayamos hacia él: atraigámosle hacia nosotros.* Esta es la regla de oro.

(1) Estar solo o entre la multitud anónima, es hallarse aislado.

EL PLAN

LAS NOTAS DE DISPONIBILIZACION

He explicado ya en el capítulo III que un plan de conjunto debía ser meditado y definido no bien tenemos el proyecto de recurrir a la acción a distancia. Se trata de calcular bien el proceso gradual de las modificaciones que se desean aportar a las disposiciones morales del sujeto. Estudiar la posibilidad de un cambio radical instantáneo, sería temerario (1). Es preciso concederse uno, dos y hasta seis meses, incluso más, si es necesario, para afectar de un modo gradual al sujeto, comunicándole, al principio, pensamientos compatibles con sus disposiciones actuales, luego nuevas consideraciones que lo modificarán más apreciablemente y así siempre.

Debe preverse para cada día una sesión de emisión de una o dos horas.

Aunque esforzándose, en el transcurso del día, en poner un freno, como ya lo dijimos, al aflujo de pensamientos que brotan relativamente a lo que se desea, hay que anotar aquellos que, particularmente conmovedores, deberán ser evocados por propia voluntad antes de la emisión diaria, de acuerdo con las instrucciones impartidas en el capítulo III *(Disponibilidad)*.

(1) Sin embargo, he visto lograr cambios increíblemente rápidos, pero éstos son casos siempre excepcionales.

LA RELACION

Las indicaciones del capítulo III *(Disponibilidad)*, podrán ser utilizadas, pero en este caso la relación no ha menester de ningún trabajo especial, porque existe necesariamente.

Así como desde el momento en que existe *pasión, inclinación, sentimiento*, hay *dinamismo*, también hay relación. Esto explica cómo, a veces, nos vemos más o menos afectados, al punto, por los pensamientos, las emociones o los sufrimientos del otro.

LA EMISION DIARIA

Dos sesiones de tres cuartos de hora, o una sesión de una o dos horas, son necesarias, por lo general.

El aislamiento, el silencio y la oscuridad, siempre favorecen la emisión telepsíquica. Pero todo esto no tiene nada de imperativo.

Lo esencial, es lograr un estado de exaltación en el cual lo que se desea se experimente de un modo intenso y acapare en su totalidad el campo de la conciencia.

No basta comprobar, en una especie de íntimo coloquio, el propio deseo. Todo el ser debe *vibrar* intensamente, sentirse resuelto a afectar la personalidad codiciada. Rogar o implorar al sujeto, de quejumbrosa manera, tratando de simpatizar con él, sería escasamente eficaz.

Son convenientes, tan sólo, las sugestiones positivas, afirmativas, y la imagen del sujeto atestiguando que se siente conquistado por su influencia.

Para determinar en uno mismo el estado irradiante, tiene su utilidad el uso de un estimulante nerviopsíquico, porque, tal como lo hemos visto en el capítulo III, la absorción de excitantes extrae del plexo la fuerza nerviosa que allí se encuentra almacenada y la arroja en el torrente circular, del cual la atrae el cerebro para sustentarse con ella.

Pero la consideración sucesiva de todos los motivos por los cuales deseamos obtener lo que queremos, de todas las satisfacciones que el éxito ha de engendrar, luego de todas las consecuencias dolorosas de la ausencia del mismo, suscita con más seguridad aún la vehemencia volitiva.

Es necesario representarse todo esto en cuadros bien nítidos, vivos, y asistir, por medio del pensamiento, saborear, mediante la imaginación, las alegrías y padecer los dolores; tal es el secreto de la animación indispensable para una telepsiquia eficaz.

Apenas nos sentimos en *presión*, es juicioso iniciar la emisión propiamente dicha mediante la invocación de la imagen del sujeto. Repito aquí lo que dije en el capítulo III: "Cualquiera que sea la hora, desde el momento mismo en que la imagen de alguien se hace presente en la pantalla de nuestra imaginación. todo cuanto

pensaremos en el transcurso de la comparecencia influirá muy apreciablemente".

En segundo lugar, recomiendo al sujeto la obsesión del rostro del experimentador. Basta, para esto, representarse al sujeto en el instante de ver aparecer esta imagen, pensando a quién representa, dejando captar su atención por ese personaje.

Nos imaginaremos que el sujeto siente con esto una grata sensación y que se abandona al encanto de la misma. A partir de aquí, mediante *transiciones lógicas*, podemos hacer evolucionar la representación mental del sujeto en un sentido conforme a las características del caso. Por ejemplo, sugerirle la necesidad de que nos vea o de que nos escriba. Querer con fuerza, con reciedumbre, que el sujeto experimente esto y figurarse que él mismo concede a nuestro deseo una respuesta efectiva.

Si sabe el experimentador que el sujeto aprecia o apreció de él tales o cuales manifestaciones del intelecto, sentimentales o sensoriales, sugerirá de ello un *llamado o recuerdo* prolongado, seguido de un *pesar*, luego de un *deseo* de reiteración.

Otra forma de acción mental, muy eficaz, consiste en imaginar la presencia del sujeto y hablarle —en voz alta o íntimamente— viéndole dar pruebas de que comprende, de que se siente conmovido, turbado, que asiente.

Aunque no sea practicable en absoluto impartir instrucciones detalladas para todos los ca-

sos, las directivas precedentes han tratado de incluir lo que, para cada uno, constituye lo esencial.

Existen recopilaciones de sortilegios que permiten esperar, del cumplimiento material de cierta cantidad de extrañas prácticas, la infaltable obtención del amor. Se encuentran en estas recopilaciones en particular, la receta de filtros —sencillamente afrodisíacos— y la del hechizo.

Esta última, complicada, extraña, impresionante, parece haber sido combinada con el designio de ejercitar al mismo tiempo la imaginación, la iniciativa y la voluntad, de provocar así la más frenética exaltación, y por ende, la más vigorosa emisión telepsíquica.

En eso, como en todo lo demás, se necesita un considerable derroche de energía.

El impulso emocional del operador, suscitado y largamente sostenido por la sucesión de los ritos, carga con todos los gastos del experimento. Afirmo que cooperan a la acción del experimentador, y muy lejos estoy de contradecirlo, agentes ocultos, invisibles, añadiendo que el método aquí indicado los conjura de la misma manera, sin necesidad de fórmulas cabalísticas.

VIII

EL TRATAMIENTO MENTAL DE LAS ENFERMEDADES

La base emocional de todo tratamiento mental. — Efectos curativos de la acción psíquica. — Elección del recetador. — La cadena. — Directivas generales. — Duración de la acción diaria. — Las enfermedades crónicas. — Las enfermedades psíquicas, costumbres, toxicomanía, perversiones, monomanías, obsesiones, etc., etc. — Acción inconscientemente dañina de ciertos ambientes. — El pensamiento puede matar. — Importancia, para el enfermo, de una moral benévola.

La eficacia de un tratamiento por acción mental, ha menester, ante todo, por parte del o de los experimentadores, de un real sentimiento de compasión hacia el enfermo y hacia los que padecen con su estado.

Conozco ejemplos de niños enclenques a quienes el amor de una madre, materialmente muy limitada, ha fortificado poco a poco hasta llevarlos a la robustez.

He visto moribundos devueltos a la vida y hasta cuerpos inertes resucitados por la irradiación anímica de uno de los suyos, iniciado en los métodos de este libro.

Cierto es que el amor no obtiene siempre sobre la muerte, por ardiente que el mismo sea, una victoria decisiva. Existen lesiones fatales, usuras irreparables, insuficiencias incoercibles. La acción mental infunde al organismo en peligro energías sustentadoras de sus autorreacciones curativas, pero si el mismo carece de los últimos recursos indispensables para reaccionar de una manera ventajosa, la curación no tiene lugar. Numerosos son, en definitiva, los seres a los cuales podríamos salvar. De los demás, por lo menos, sostendremos la moral, paliaremos sus sufrimientos, prolongaremos sus vidas.

Debería ser siempre un íntimo quien emprenda la curación, un pariente, un amigo dilecto, integralmente simpático al paciente y animado por el más vivo deseo de aliviarlo de su mal.

Aunque dejando a una personalidad así calificada la iniciativa directora de la intervención, varias personas escogidas entre las más encariñadas con el paciente, pueden unir sus esfuerzos a los del operador principal.

Una cadena de voluntades hace, a veces, ver-

daderos milagros, sobre todo si esa cadena se halla compuesta por tantos hombres como mujeres, sin incluir al conductor (1), a fin de que se observe la ley polar de las contribuciones flúidicas.

El ocultismo preconiza prolongar esta cadena hasta lo invisible, evocando el recuerdo de los desaparecidos por quienes fué amado el enfermo, lo cual imanta su influencia, e incluso recurriendo a la ayuda de los Seres superiores, tales como los concebimos.

El oficiante y sus ayudantes eventuales escogerán, cada día, un momento en el cual puedan reunirse, o por lo menos, un momento en el que, aisladamente, puedan disponer, allí donde se encuentren, del tiempo suficiente para unirse a la intención de los demás.

Concentrarán sus pensamientos en la imagen del enfermo (2), y permitiendo que sus buenos sentimientos a su respecto adquieran el volumen máximo, lamentarán sus sufrimientos, y exaltarán en sí mismos el deseo de atenuarlos, de anularlos, de irradiar hacia él el propio vitalismo para reconfortarlo y sanarlo.

La atención de cada cual debería fijarse sucesivamente, durante diez o quince minutos, en los diversos pensamientos que preceden. Por lo tanto, el oficiante se mostrará hombre de buen juicio trazando una especie de programa

(1) Ver a este respecto: Estanislao de Guaita: "La Clave de la Magia Negra", y Péladan: "El libro del cetro".

(2) Si nada lo impide, la cadena puede reunirse junto al enfermo; verle, ha de ayudar a las efusiones psíquicas.

que implicará determinado número de fórmulas.

Cada colaborador pensaría así en perfecto sincronismo con todos los demás. No se trata, naturalmente, de repetir palabras, sino de vivir interiormente, de *sentir* su significado, de animar imágenes, de vibrar emocionalmente.

Luego de los órdenes de ideas enumerados anteriormente, he aquí lo que es conveniente estudiar entre las sugestiones curativas. Por lo pronto, el sueño, porque principalmente a favor de este estado se juega la actividad orgánica, desde el punto de vista terapéutico (1). Sugerir al paciente que duerma larga, tranquila, profundamente. Representárselo durmiendo con una expresión fisionómica serena, normal. Verlo despertarse con una impresión de mejor estado, de alivio. Luego, pensar en sus disposiciones morales, comunicarle la esperanza, la serenidad, la convicción de que alguien se ocupa útilmente de él, la certidumbre de que el haz de las voluntades concentradas para curarlo dispone de una fuerza en mucho superior a la acción de los agentes adversos.

Tratar, también, de representarse con una precisión anatómica, el estado presente de los órganos enfermos. Seguir, con el pensamiento, el cumplimiento de las funciones perturbadas, estimularlas, regularizarlas intencionalmente.

(1) En la época de la Medicina en los Templos, el "Somnus medicus" era el último remedio que se dispensaba a todas las dolencias. Mucho más cerca nuestro, la "Neurinología del Dr. Braid" vuelve a poner en evidencia el papel terapéutico del sueño.

Finalmente, visualizar la curación, la convalecencia, el retorno a la actividad normal. Esta última representación es de una gran importancia.

Como para cualquier otra intervención telepsíquica, son necesarias dos sesiones diarias de 45 a 60 minutos, o una sola sesión de una a dos horas.

Por otra parte, no creemos necesario decir que el tratamiento mental no proscribe en absoluto la medicación ordinaria.

En las dolencias crónicas, ha de pensarse, ante todo, en sugerir al interesado que se adapte a todas las reglas de higiene alimenticia y general requeridas por su caso. Más rápidamente habría de llenarse el tonel de las Danaides que curarse a un paciente dado a los excesos o incluso al uso moderado de cualquier cosa antifisiológica.

Es posible tratar y curar mediante la acción mental las costumbres nefastas, las toxicomanías, las perversiones, las monomanías, la propensión al suicidio.

Para esto, muy lejos de recurrir a las sugestiones imperativas prohibitivas, es necesario afirmar al interesado que la obsesión, la tendencia, el temor del cual sufre se le hace cada vez más indiferente, que no le conmueve, que le halla inerte, que le deja su plena sinceridad. En pocas palabras, debemos imaginar que la impresionabilidad del sujeto disminuye en lo que atañe al agente mórbido

Paralelamente, se tratará de comunicarle toda índole de pensamientos, de sentimientos, de deseos antagónicos a aquellos que queremos suprimir. Se despertarán todas las buenas disposiciones susceptibles de excluir el dominio de la enfermedad.

El ambiente que rodea a un psicópata, a menos de estar iniciado, opone casi siempre, inconscientemente, un obstáculo a la curación. Varias personas se sienten afectadas desde meses o años, de un modo aprensivo, angustiado, desesperado, en torno del enfermo. Sus influencias mentales adicionadas constituyen una potencia lamentablemente orientada.

¿No piensan esas personas que no sabrá detenerse, enmendarse, que su dolencia, hereditaria o adquirida, *es incurable, que domina* al paciente y que acabará por destruirlo?

Son éstas otras tantas sugestiones que incitan al desdichado a continuar. Ver de antemano una agravación y suponerla inevitable, aun cuando se le deplore ardientemente, es condicionarla, a menos que una *violenta rebelión interior* no reemplace a estos temerosos pensamientos.

De esa fama, la influencia psíquica puede matar con la misma seguridad con que puede curar. Tal como el odio, como la avidez de una herencia, la desolación *pasiva* puede excavar una tumba anticipada.

El uso antiguo de las maldiciones y de las imprecaciones. en el cual sólo se ve. por lo ge-

neral, una actitud oratoria, conocía la formidable potencia de las intenciones profundamente experimentadas, deliberadamente condensadas y netamente expresadas.

Coré, Dathán y Abirón fulminados por el gesto de Moisés, Ananías herido de muerte por Pedro, Laubardemont designado por Grandier a comparecer dentro de un mes ante el tribunal de lo Invisible; mucho más cerca nuestro Estanislao de Guaita y Boullan (1), el extraño caso de la gitana del doctor Sermyn (2), y numerosos hechos menos comunes dan una idea cabal del poder mortífero del pensamiento.

Sin ser siquiera marcados por nadie, los que habitualmente se mantienen en disposiciones odiosas, malévolas, se hallan en sintonismo cerebral con los millares y millares de vibraciones psíquicas, análogas a las suyas, que se entrecruzan en la atmósfera. Padecen el efecto destructor de estas vibraciones y sufren con ellas.

De aquí la necesidad, en todo tratamiento, de cuidar mucho el aspecto moral del enfermo, de incitarlo al olvido de los enemigos y al de las injurias, a la benevolencia y a la bondad.

(1) Estos dos experimentadores se propinaron simultáneamente, por vía hiperfísica, recios golpes de los cuales ambos murieron.
(2) Ver la obra del Dr. de Sermyn, ya citada, página 17.

IX

PARA COMBATIR LAS MALAS INFLUENCIAS

Turbaciones y preocupaciones atribuídas a la influencia malévola ajena. — Perseguidos y mitómanos. — Por qué engendra el odio difícilmente efectos telepsíquicos precisos— Cómo puede obrar. — Una ley general. — ¿Cómo defenderse? — Cómo defender a los demás.

Todos los neurólogos, todos los psiquistas, escuchan las dolencias de cierto número de personas víctimas de perturbaciones sensoriales o cerebrales, que imputan a la influencia deliberada de un tercero.

Estas personas atribuyen también, con frecuencia, a esta influencia, sus preocupaciones y sus fracasos.

Se trata, casi siempre, de un caso de falsa imputación, de mitomanía, explicable mediante un proceso fisiológico. Si bien es cierto, por otra parte, que tenemos casi todos conocidos envidiosos, enemigos, competidores a quienes beneficiaría nuestra derrota o a los cuales nuestra aflicción colmaría de júbilo, nadie, sin duda, es capaz de un odio lo bastante vibrante y lo suficientemente sostenido para engendrar un verdadero maleficio.

Yo creo, sí, que una pluralidad de malos deseos pueda afectarnos de penosa manera, pero no con la precisión y con la intensidad que algunos admiten. Para eso, harían falta, además de un ardor, de una asiduidad muy poco frecuentes, conocimientos muy grandes y una habilidad telepsíquica ignorados por casi todos.

Hemos visto ya que se necesita método, vigor e insistencia para lograr que alguien experimente un efecto telepático neto. Esto no puede improvisarse.

Supongamos que X odie a muerte a Z, y piense en ello activamente, sin tregua, por espacio de largos meses.

¿Qué ocurrirá?

Z se verá perturbado en su punto más débil. Si, por ejemplo, es un ser desprovisto de la facultad de atención, o muy impresionable, más aún habrá de serlo y sus reflejos, súbitamente desacordados en momentos en que atraviese una calle entre demasiados vehículos, podrán hacerle traición.

Se hará derribar por algún carruaje. Si X deseara, no la muerte sino la ruina de Z, sería en el terreno financiero que se doblegarían las facultades de este último.

Generalicemos. Dada la incesante competición de las avideces, *todos los que carecen de carácter sufren necesariamente las influencias esclavizadoras, o desventajosas, o destructoras.* Este es el aspecto exacto de la cuestión.

Esto planteado, ¿cómo defenderse?

¿Y cómo defender a los demás?

I

En lo que a uno mismo concierne, es la educación psíquica elemental la que permite aislarse, tornarse heterotónico a las vibraciones psíquicas indeseables.

En una obra anterior, *El Poder de la Voluntad*, expuse en qué consiste la educación psíquica. No volveré a tocar ese punto en este nuevo libro.

Entregándose todas las noches a un examen a fondo de los pensamientos, de las incitaciones, de las resoluciones del día, podemos todos darnos cuenta si, en una medida cualquiera, no hemos sido objeto de alguna influencia.

Decidiendo todas las mañanas, de acuerdo con una dirección deliberadamente concebida, lo que haremos con las horas siguientes, de antemano disponemos de nosotros mismos, nos adiestramos a gobernar nuestro propio pensa-

miento, a seguir siendo los únicos generadores del mismo.

Mucho mejor aún, haciendo un llamado a las influencias, a los concursos aductores de salud, de éxito, de progreso, los atraemos realmente.

Estas circunstancias, por fortuitas que parezcan, siempre responden a un llamado, a una tendencia interior.

Por encima de todo, eliminemos toda animosidad, por justificada que sea, olvidemos las malevolencias, neguémonos a pensar en ellas.

Esto implicaría, por lo pronto, energía mental derrochada. Además, nos sintonizaría con toda una serie de vibraciones perjudiciales.

II

Para mejorar el estado de un ser perseguido, la primera regla que debe observarse consiste en no tratar su dolencia de imaginaria, aunque la misma lo fuese evidentemente.

La regla segunda será la de asegurarle las más perfectas condiciones de higiene mental y física. Inducirlo, incitarlo luego a practicar la educación psíquica. En caso necesario, sugerírselo por el método expuesto en este libro. Finalmente, recurrir a la técnica indicada en el capítulo precedente.

X

PARA PREVENIR O MODIFICAR UNA DECISION ENFADOSA

Donde la palabra ha fracasado, el pensamiento puede triunfar. — Meditación previa. — El reposo condensador. — La busca y la anotación de los pensamientos más evocadores. — La emisión. — A veces basta con una sola sesión. — Aplicaciones diversas del mismo procedimiento. — Tengan confianza en ustedes mismos.

Alguien de nuestro ambiente, de nuestros amigos, va a adoptar o ha adoptado una decisión enfadosa. Hemos derrochado, en vano, nuestros recursos dialécticos para obligarlo a reflexionar. Es éste uno de los múltiples casos en que la acción telepsíquica actúa más seguramente y con mayor rapidez que la palabra.

Cesemos toda intervención verbal. Aislémonos en un aposento silencioso. Apaciblemente, meditemos con atención en lo que desearíamos impedir. De esta decisión, estudiemos la génesis de la misma, representémonos su ejecución, extraigamos de la misma todas sus consecuencias y, para terminar, puntualicemos todas las ventajas que lograría el interesado cambiando de opinión.

Si pueden existir uno o varios compromisos entre los movimientos que incitan al sujeto a determinarse en el sentido lamentable en cuestión y lo que aconseja la razón, imaginémolos.

Debería ser rápidamente anotado el detalle íntegro de esta meditación.

Cuando sobreviene el cansancio, apartemos nuestra mente del orden de ideas en el cual acabamos de ejercitarla y ocupémosla en otra cosa.

Sin embargo, ha de continuar el aflujo de las inspiraciones o de subsecuencias, y nuevos pensamientos surgirán, que deberemos anotar a continuación de los precedentes.

Será preciso hacer un extracto de todas estas anotaciones, compuesto con todas las representaciones que suscitaron en nosotros una viva oposición.

Por lo tanto, retengamos todas las consecuencias desastrosas de los actos que nos aprestamos a prevenir, las que nos conmueven, las que nos rebelan, las que hacen brotar de nosotros un "no" enérgico y formal.

Luego de una breve preparación basada en

las indicaciones del capítulo III, a fin de condensar nuestras energías, efectuemos una o varias sesiones de emisión, de preferencia en momentos en que todo el asunto retorna a nuestra mente y en que nos sentimos violentamente animados por el deseo de anular la causa de nuestra preocupación.

Volvamos a leer nuestras notas, exaltémonos con la evocación de los cuadros que las mismas engendran y terminemos con aquellas que componen el extracto indicado más arriba.

Estas últimas, si las visualizamos de un modo en extremo vivo, *nos arrancarán gestos de rebelión interior sumamente violentos.*

Estos gestos engendrarán otras tantas proyecciones psíquicas que habrán de conmover las disposiciones del sujeto.

Imaginando entonces que este último se halla presente, desconcertado, menos resuelto, razonémosle mentalmente con vehemencia, enunciémosle nuestra propia convicción, figurémonos que nos comprende, que *está viendo* a dónde podría conducirle su extravío, que experimenta de pronto el sentimiento jubiloso del peligro evitado, que nos expresa su gratitud.

El pasaje en bastardilla indica la fase esencial de la acción.

Si muy poderosos móviles concurren a la decisión que se trata de inhibir, son necesarias varias sesiones. ¡Pero cuántas decisiones dependen de un mero capricho, de ensueños exagerados, de torpes influencias!

Estas decisiones pueden detenerse a menudo, o suspender la ejecución de las mismas, con el simple esfuerzo de una hora bien empleada.

Obremos sobre aquellos que nos tienen descontentos mediante un procedimiento análogo. Sobre subalternos o empleadores, sobre colegas o camaradas, sobre clientes o proveedores, sobre amigos o parientes.

Concentremos en nosotros mismos el tema de nuestro descontento. No exterioricemos en representaciones verbales, en dolencias o confidencias, las desagradables vibraciones emotivas que nos agitan.

Aguardemos el instante en que, recapitulando íntimamente nuestros agravios, nos sentiremos *irritados*. Esta disposición es excelente, desde el punto de vista telepsíquico.

Aprovechémosla para sugestionar enérgicamente a aquel o a aquellos a quienes concierne. No demoraremos en comprobar que la influencia del pensamiento, aunque insospechada por la mayoría y fríamente negada por personas muy sabias, opera efectos impresionantes por su evidencia precisa.

Una palabra final:

Por difícil, por lejano que nos parezca un resultado, por dubitativos o por débiles que nos sintamos ante la *dificultad*, nunca desesperemos del triunfo, mediante la ayuda de nuestras fuerzas psíquicas.

Vivir, es generar energía; dominarse, es acumularse; pensar es irradiarla; conmoverse

es ponerla en práctica; renovar el esfuerzo es acentuar las meditaciones precedentes .

El medio de acción que revelo en este libro arma, pues, a mis lectores, al mismo título que a cualquier otro, y si los que me han leído se ejercitan utilizándolo, sus posibilidades aumentarán de día en día.

XI

PARA PRESERVAR O PROTEGER A ALGUIEN

La intención hecha activa. — La preservación del peligro. — Procedimiento. — Protección en el transcurso de una prueba o de una dificultad. — Aplicaciones diversas

Si procedemos más o menos como para curar, podemos acompañar con una influencia protectora, a un pariente, a un amigo alejado, sea para preservarlo de un peligro, sea para confortar sus facultades, sea para favorecerlo en cualquier emergencia.

Aisladamente o con la ayuda de una cadena, practicaremos diariamente la evocación de la imagen, y una vez puntualizada esta última, concentraremos largamente nuestro pensamiento según convenga.

Como para cualquier otra acción telepsíquica, son indispensables, para la obtención de un resultado de notas características, cierto número de sesiones.

Si se trata de seguridad y se teme un peligro particular para el sujeto, aunque dejando un amplio espacio, en el transcurso de cada sesión, a la especificación de ese peligro, no debemos echar en olvido los que no tenemos —y que con frecuencia son los que debemos temer mayormente—, tenemos que imaginarnos al interesado en su integridad física, con el aspecto exterior más tranquilizador, e insistir, manteniendo esta imagen en la pantalla imaginativa, en la afirmación (1): "Sigue así. Yo quiero, yo exijo que siga así". Cuando el sujeto debe por fuerza correr un riesgo, no especificar cómo habrá de eludirlo, pero afirmar que pasará indemne, a través de todo. También podremos pensar en estimular en él la atención, la circunspección, la prudencia y otras facultades defensivas, en sostener su confianza en sí mismo, su calma y su sangre fría.

El hecho de conocer íntimamente a alguien y el de apreciar sutilmente su psicología, ayudan de una manera considerable a influir sobre él, porque la *relación* se halla, entonces, establecida de antemano, y por otra parte, tenemos

(1) Las palabras pronunciadas a flor de labio, con apatía, tibieza, vacilación, pusilanimidad, no tienen efecto. Es indispensable un impulso emocional profundo, violento e imperioso.

una representación clara y precisa de lo que puede experimentar el sujeto.

Los buenos sentimientos que experimentamos a su respecto, la intensidad del deseo de protegerlo, siguen siendo, por lo demás, los más esenciales elementos de eficacia.

La influencia telepsíquica puede contribuir al éxito de notable manera, en oportunidad de un examen, de una gestión, de un esfuerzo especial.

Pero es preciso prepararse de antemano y no aguardar la víspera del acontecimiento para intervenir. El mínimo aproximado es de treinta a cuarenta días.

En ocasión de un examen, por ejemplo, la acción a distancia no aumentará, evidentemente, los conocimientos del candidato, pero habrá de colocarle en un estado de perfecta lucidez mental, estimulará su memoria, su seguridad, su presencia de ánimo.

También ha de tornarle todo lo simpático que pueda ser. Obrará, asimismo —por extraño que esto pueda parecer—, en los examinadores.

Es preciso añadir que en el transcurso de los estudios es posible también sugerir el gusto del trabajo, el interés por las materias a estudiar, la fácil comprensión de la aplicación, el equilibrio físico y el vigor intelectual.

Recordemos que pasar con éxito un examen u obtener un diploma no asegura en modo alguno una carrera satisfactoria a quien no posee

las aptitudes, los conocimientos y la combatividad necesarios para ello.

Las directivas precedentes se adaptan por sí mismas a numerosos casos: gestiones, pedidos, estreno en el teatro, o comienzo de una tarea en cualquier otra parte.

XII

EL DESDOBLAMIENTO

Los hechos. — Las teorías. — El doble. — Las formas pensadas. — La experimentación. Las adaptaciones.

LOS HECHOS

Desdoblarse, o dicho en otros términos, ser visto u oído a considerable distancia del propio cuerpo; ver y oír lo que ocurre a lo lejos, constituye la más extrema de las manifestaciones telepsíquicas.

La historia nos ofrece el testimonio de numerosos ejemplos de desdoblamiento.

Yo he mencionado varios en *Ciencia Oculta y Magia Práctica.*

Abundan las observaciones en nuestros días.

Para convencerse de ello, basta leer los procesos verbales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, o las obras de Gurney, Myers, Podmore, Maxwell y Boirac, indicadas en el capítulo I.

Hallaremos en estas obras el relato de una multitud de fenómenos espontáneos.

En este libro, veremos cómo extraer partido, deliberadamente, de esta posibilidad.

Unicamente nna predisposición especial permite lograr el desdoblamiento integral, pero si la intención sostenida de ejercer influencia en el pensamiento ajeno basta, con mucho, para que su actividad mental se irradie de manera eficaz, una concentración análoga de espíritu determina casi siempre, parcialmente, la proyección bilocatoria.

LAS TEORIAS

I

El doble

Si la ciencia moderna empieza apenas a rozar —y con cuánta circunspección...— el estudio del fenómeno en cuestión, se han transmitido, a través de las edades, textos que afirman, en otros tiempos, el perfecto conocimiento, el manejo fácil de las leyes del desdoblamiento.

El ocultismo —vestigio del saber de los antiguos— nos muestra al hombre constituído, no solamente de un alma y de un cuerpo, sino también de un tercer elemento intermedio entre la primera y el segundo.

Este elemento es el doble, o el Ka de los sacerdotes egipcios, el Kama-rupa de los hindúes, el Nephesch de los cabalistas, el mediador plástico de los hermetistas, más conocido en nuestros días bajo el nombre de cuerpo astral.

Exactamente formado sobre el modelo de la apariencia material, el cuerpo astral, hecho con una substancia más sutil aún que el estado etéreo de los físicos, interpenetra el organismo tangible, del cual es, por otra parte, el edificador, el conservador y el animador.

A favor de esas letargias semejantes a la muerte que saben provocar sobre sí mismos los prácticos de la magia, y que pueden obtener de sus sujetos los magnetizadores, el alma (la conciencia psicológica), se exterioriza, movida por el cuerpo astral y, dejando allí el cuerpo físico, al cual la mantiene ligada un lazo flúidico extensible, halla abolido el espacio.

Además de este último aspecto, son posibles y hasta frecuentes mil otros. Tales son las diversas formas de la *metagnomia*, nombre creado por Boirac, el extinto rector de la Universidad de Dijón, para designar la percepción de cosas y de seres situados fuera del alcance de los sentidos en el tiempo y en el espacio: Una sonámbula lúcida, un clarividente, una perso-

na dotada de doble vista, que nos describen, en París, a un amigo que reside en Marsella o un acontecimiento que no se ha producido aún (1).

Esto les es posible gracias a un desdoblamiento parcial. Un hombre herido de muerte o que acaba de morir, se aparece, al otro lado del océano, a su madre: Desdoblamiento provocado por la emoción (2). Bajo el efecto del cloroformo, un paciente se exterioriza y asiste a su operación (3): mismo fenómeno. En el transcurso del sueño natural, el dormido sueña que visita la casa de su padre y que el fuego hace presa de la misma. Al siguiente día, se entera de que el siniestro, efectivamente, ha destruído el edificio. Por lo tanto, se ha desdoblado y ha visto.

Casas embrujadas, duendes, y buen número de fenómenos espiritistas se explican también mediante la exteriorización del doble. Pero es necesario leer, de Gurney, Myers y Podmore, las *Alucinaciones Telepáticas*, para concebir la frecuencia familiar del desdoblamiento.

En la mayoría de los casos seriamente comprobados, el desdoblamiento no tiene conciencia de que lo está —y esto no debe sorprendernos— porque casi siempre se trata de una proyección *del doble solo*, durante la cual el alma,

(1) Ver la obra de J. Maxwell, magistrado, titulada "Los fenómenos psíquicos". Se hallarán en la misma la exposición de los fenómenos de esta índole comprobados por eminentes personalidades.

(2) Ver Flammarión. "La Muerte y su Misterio".

(3) Un caso de esta índole ha sido publicado en 1913, por "Occult Review".

el elemento psíquico, *la conciencia, permanece junto al cuerpo físico.*

Cuando, sentados, con los músculos relajados, en pleno abandono, pensamos muy exclusiva, muy profundamente en un tercero, inconscientemente proyectamos nuestro doble hacia él.

Muy raras veces percibe el interesado esta presencia invisible, por lo menos en cuanto a imagen de nosotros mismos.

Y, sin embargo, nuestro doble actúa en el suyo y le transmite su movimiento ondulatorio, le comunica el tono de vibraciones del cual está animado, lo cual suscita en él pensamientos que nos conciernen.

¿No tuvieron ustedes nunca, mientras se hallaban *sumidos en sus pensamientos*, en tanto, por decirlo así, se habían alejado del mundo exterior, *la impresión de retornar de muy lejos*, en el momento en que alguna brusca llamada les restituía a la noción de lo real?

Así, pues, en esto como en otras cosas, existen grados y si el desdoblamiento total y consciente parece haber menester de singulares calificaciones, todos nos desdoblamos espontáneamente, más o menos, y todos podemos, tratando de hacerlo deliberadamente, extraer partido de esta posibilidad.

LAS TEORIAS

II

Las formas pensadas

Ocurre todo, como ya lo dije en el capítulo II, como si, bañados por un invisible océano flúidico, se hallaran constantemente nuestras almas en mutua comunicación.

A este océano, el ocultismo lo define como *plano astral*, y le adjudica una papel cosmológico de los más importantes, sobre el cual no he de detenerme en esta obra.

Lo que interesa más inmediatamente, es la propiedad, atribuída por los ocultistas, a la substancia del plano astral, de moldearse en formas bajo el efecto de nuestra actividad psíquica. Las imágenes mentales esculpen en él cuerpos a su semejanza. La resonancia de nuestras impresiones, de nuestras emociones, de nuestros sentimientos, engendra en el mismo agregados de contornos y colores variados (1).

Todas estas creaciones se hallan dotadas de movimiento y hasta de una semi-conciencia. Actúan como auxiliares de la inteligencia de la cual emanan. Pretender actuar sobre un tercero, transportándose mediante el pensamiento

(1) Ver Leadbeater: "El hombre visible e invisible". Leadbeater: "Las formas pensadas". Annie Besant: "Los ayudantes invisibles".

al lugar donde se encuentra, es, pues, proyectar una especie de fantasma, de doble, de *alter ego* que trabajará el inconsciente del sujeto de acuerdo con nuestras intenciones.

Del mismo modo, las imágenes mentales formadas y transmitidas de acuerdo con la técnica que ya conocemos, constituyen cuerpos astrales reales, que permanecen en el ambiente del sujeto y se manifiestan allí, a veces, hasta la obsesión.

Ya vemos cuán sugestiva es la teoría de las formas pensadas y qué útiles inspiraciones pueden extraerse de ella.

LA EXPERIMENTACION

Entre los especialistas que han escrito sobre el desdoblamiento, algunos han indicado, para obtener este fenómeno, el uso de substancias perniciosas por sí mismas y cuyo efecto es, por otra parte, incompleto.

En realidad, el opio, el éter, la cocaína, la morfina, el *haschich*, provocan el desdoblamiento, pero hurtan al experimentador toda influencia directiva del fenómeno, lo cual equivale a decir que no podría utilizarlo.

Han preconizado otros un método menos peligroso, que aprovecha la exteriorización inseparable del sueño natural. Evidente es el inconveniente de este método: como el candidato no posee un contralor de sí mismo, puesto que el desdoblamiento se efectúa en plena incons-

ciencia, se coloca de esa suerte en las mejores condiciones para sufrir las influencias ambientes más restrictivas de su propia voluntad.

En la realidad de los hechos, he visto a algunos completamente desequilibrados por sus ensayos. Este desdoblamiento constituye, nada menos, que una puerta abierta sobre un más allá misterioso. Franquear este puerta, amarrado y anulado psíquicamente, ¡vaya una temeridad singular!

El procedimiento que voy a exponer difiere esencialmente de los precedentes, primero por su absoluta carencia de riesgos, y luego porque conduce a una exteriorización gradual, durante todas las fases de la cual conserva el experimentador la integridad de su conciencia y de su voluntad. Ya lo he expuesto en *Ciencia Oculta y Magia Práctica*; también se halla aquí en su lugar.

1º

Tratamos, ante todo, de imponer al cuerpo físico una pasividad absoluta. Para esto conviene, más que cualquier otra, la posición acostada. La atención debe recorrer, una por una cada fibra, a fin de relajar, de distender perfectamente el conjunto del sistema muscular. Se llega de este modo a la inmovilidad más absoluta.

2º

La inercia locomotriz predispone a una pausa de la actividad intelectual, cosa de la cual nos damos cuenta muy bien, y que degenera sencillamente en sueño natural profundo en aquellos cuyas energías psíquicas están insuficientemente condensadas. Entonces, por no haber operado de acuerdo con nuestras indicaciones anteriores, el experimento se interrumpe de por sí mismo.

3º

El experimentador, maniobrando aún por su automatismo, observa la continuación de su agitación cerebral, y entonces conviene ocuparse de la regularización de la misma.

Constituye la clave del ejercicio, la intención mantenida, sin la menor tensión volitiva, de rarificar la elaboración de los pensamientos. Esta intención no podría de primer intento, ni siquiera en un reducido número de sesiones, conseguir la suspensión absoluta del pensamiento. Progresivamente, la calma sucede a la agitación, y aun entonces, el sueño acecha a los ensayistas benévolos. Pero al cabo de algunas semanas de tentativas diarias, indican un primer progreso, momentos éstos cada vez más prolongados. Después, esta pausa se prolonga aun más y muy pronto subsiste, turbada apenas por alguna vaga reacción. Finalmente se la obtie-

ne, uniforme. Es el aislamiento. En este estado, se halla considerablemente atenuada la agudeza sensorial. Los ruidos exteriores se tornan indiferentes, así como las sensaciones visuales, olfativas o táctiles. Nos encontramos en una disposición análoga a la de un individuo a tal punto *absorto*, que no oye a quien le habla. Y la exteriorización se esboza.

4º

Se tiene netamente la impresión de que ya no estamos estrechamente integrados en los límites del cuerpo físico. Nos sentimos como elevados, paralelamente al mismo, o a cierta distancia. La menor intención voluntaria restablecería el estado normal. Por ende, no experimentamos la menor aprensión, sino un bienestar casi nirvánico.

5º

Una vez logrados estos resultados y siendo capaces de aislarnos de esa suerte en algunos minutos, substituiremos a la primitiva intención de éxtasis intelectual la de exteriorizarnos cada vez más, y proseguiremos el experimento sin apresuramientos, consagrando al mismo, más o menos, una hora diaria. Según el caso, la evolución de las posibilidades bilocatorias adquirirá un curso adecuado a las predisposiciones de cada cual. De este modo, algunos em-

pezarán a percibir el medio astral bajo la forma de una luz o de una sombra difusa, en la cual habrán de esbozarse poco a poco formas, siluetas, imágenes *(a)*; otros advertirán que el espacio hiperfísico será fácilmente recorrido y los dobles de los vivos han de ser perceptibles *(b)* antes del propio plano astral (1).

6º

Los experimentadores que observen (*a*) obtendrán resultados más rápidos orientándose hacia la metagnomia. Son más bien receptores que irradiantes. Los que observan (*b*) sabrán que se hallan mejor dotados para actuar, para manifestarse, que para percibir las vibraciones emitidas por otros centros. Por lo tanto, será en la acción a distancia que lograrán sus éxitos más fáciles.

Como lo hemos visto, si nos dedicamos a estas prácticas sin poseer las reservas energéticas que aseguran al mismo tiempo el éxito y la no ofensividad, no corremos otro riesgo que el de gozar de un sueño reparador. Pero el propio ejercicio adiestra paulatinamente al practicante y desarrolla sus aptitudes de considerable manera. Mediante ensayos renovados con asiduidad, todos y cada uno llegarían, pues, a la meta.

---

(1) Percepción de cosas y de seres situados fuera del alcance de los sentidos físicos en el tiempo y en el espacio. Ejemplos: autoscopia, psicometría, lucidez, sonambulismo, clarividencia, visiones en el globo de cristal, etc.

Si se procede, en la acción telepsíquica a distancia, mediante un desdoblamiento previo, bastará evocar la imagen del sujeto y puntualizar la intención de reunirse con él, para que se produzca un resultado de acuerdo con lo expuesto.

Y la acción, entonces, será más poderosa, más rápida, requiriendo al propio tiempo menos esfuerzo que la sugestión mental común.

XIII

LA TELEPSIQUIA EN LA VIDA INDIVIDUAL Y COLECTIVA

El factor telepsíquico en la trama del destino. — La competición universal. — El ardor codicioso de los efectos. — La acción exterior de las disposiciones habituales del hombre. — Las aptitudes sin avidez y la avidez sin aptitudes. — La telepsiquia y los negocios. — Dilección y vigor apetente. — Bloqueos invisibles. — Choques colectivos de las voluntades. — El psiquismo y la cuestión social. — Optimismo y lucidez. — La aprensión estéril y la aprensión útil. — Despotismo y servilismo. — Los caracteres recios y su dominio. — El trabajo incita eficazmente al pensamiento. — El amor y la telepsiquia. — Pasiones y sentimientos. — Conclusión.

Tal como lo he declarado al principio de este libro, la influencia telepsíquica es una conse-

cuencia inevitable de la actividad afectiva y cerebral. Desde el momento mismo en que nos conmovemos, desde el instante en que deseamos, apenas pensamos, irradiamos vibraciones que, renovadas durante días, meses, años, contribuyen de apreciable manera a determinar numerosas circunstancias. Las del pasado resuenan en el presente; las del presente resonarán en el porvenir. Algunas consideraciones habrán de puntualizarlo.

Una colectividad de seres humanos se agita y se esfuerza. Cada uno de los individuos que la integran codicia con más o menos ansias y aptitudes lo que sus predisposiciones le inducen a considerar como deseable en supremo grado.

Desde el sabio que trata de lograr el descubrimiento que hará de él una cima mundial, hasta el financista al acecho de provechosas redadas; desde el político impaciente por ocupar el primer plano del reino al funcionario que disputa un cargo con mejor estipendio; desde el enamorado a quien irritan sus rivales hasta el escritor que alienta la esperanza de lograr una corona de laureles, la competición es general. Lo que cada cual persigue, los otros *también* lo *quieren*.

Ahora bien, si las clasificaciones, la actividad, los apoyos de cada competidor son otros tantos triunfos en su juego, su ardor codicioso es otro, y uno que cuenta.

El poder de este ardor codicioso explica mu-

chísimos éxitos y numerosas derrotas, incomprensibles sin él.

Suponiendo una equivalencia de saber, de habilidad, de trabajo y de protección exterior, será, en todos los casos, la personalidad de apetencias más vigorosas la que mayores beneficios ha de obtener.

Este vigor de deseo suple siempre, incluso, en amplia medida, a las insuficiencias del valor intrínseco, siempre y cuando sepamos poner un freno a sus retoños excesivos. En realidad, es la misma y frenética codicia que mueve a los más hábiles abductores de oro y a los piratas más audaces.

De los unos, el juicio sagaz dirige el esfuerzo a través de los escollos; de los otros el causalismo *deficiente extravía* en las dementes sugestiones del hervor interior. Pero la misma índole de energía impele a unos y otros a emprender.

Los que la rigen y la emiten en imágenes bien concebidas, identifican sus efectos con sus intenciones; los que la soportan, imaginan malamente, y sus resultados, siempre precarios, se mezclan con inseguridad.

Es preferible, por cierto, carecer completamente de impulso motor si el timón, frágil, falseado, debe necesariamente dar contra los arrecifes; pero, en esta tierra nuestra, no deja de ser menos cierto que la avidez, mucho más que el mérito, se apropia y obtiene.

Además del estimulante la convicción de po-

der, la de que se tiene derecho, la de que se está calificado, influyen sobre toda la serie de personas de las cuales depende lo que aspiramos. En un sentido inverso, todas las restricciones que experimentamos repercuten en el alma de los demás.

He aquí por qué los modestos, los que se preocupan por la justa medida, los *razonables* ante todo, no reciben ni la cuarta parte de lo que se verían dispensar, con capacidades idénticas, si sintieran más *apasionadamente* —iba a decir ciegamente—, el deseo de lo que les niega la falta de equidad de los hombres.

Esta minoría culta, trabajadora, oscura, cuyo intelecto se derrocha en las minuciosas labores de las cuales surge el adelanto de las ciencias, muy somero pago recibe por sus esfuerzos. Puede decirse, también, que en el presupuesto nacional, la competencia tiene menos margen que la destreza.

Pero el caso es que se trata de hombres cuya energía psíquica fué absorbida por una larga cultura y cuyas preocupaciones ideales hacen derivar a la voluntad de obtención.

Dirán algunos que yo atribuyo a la acción telepsíquica el efecto de un exceso o de una carencia de iniciativa reivindicadora. A lo cual respondo que las reivindicaciones más justas muy débilmente arriban a sus fines cuando la avidez de sus promotores no es realmente intensa.

• • •

En la batalla de los negocios, ¿quién ve afluir las ofertas y las demandas ventajosas? ¿Quién halla los concursos más satisfactorios? ¿Acaso el más activo? ¿Por ventura el mejor dotado, desde el punto de vista profesional?

En absoluto.

Todo esto le acaece al que más ardientemente, más asiduamente evocó riqueza o supremacía.

A éste, se le *ocurren ideas* que los otros no tendrán; mas esto podría explicarse mediante los recursos íntimos de su psiquismo.

Acuden a éste, también, colaboradores financieros, técnicos diestros, proveedores serios, clientes considerables. Que se adjudique el mérito de todo esto a su gestión, es algo que puede sostenerse aún, aunque entre sus competidores los haya tan inteligentes como él, y también tan activos, que fracasan.

¿Pero todas estas cosas fortuitas y felices, que obligan a la gente a decir: "Tiene suerte"; "Triunfó como porte arte de magia", no serían suficientes para justificar mi tesis?

Se me dirá, quizá, que todo el mundo desea triunfar.

¡Mas no con el mismo ardor, con la misma fijeza psíquica!

Todo el mundo tiene hambre, pero entre el intermitente esbozo del apetito del dispéptico y

la vigorosa necesidad de un sólido mocetón, ¡qué diferencia! (1).

Por cierto que no faltan, en los países latinos —ni tampoco en los que no lo son—, seres tan deliciosamente dotados para apreciar todas las posibilidades de la opulencia, que podemos preguntarnos cómo sus vibraciones psíquicas no imantan aquello que habría de conceder satisfacción a sus gustos.

Pero dilección y ardor sostenido del deseo, son dos estados de espíritu en extremo diferentes. Deseamos de buen grado, ideológicamente, todo aquello que es agradable. No experimentamos, al respecto, forzosamente, esa impetuosa, esa vehemente, esa continua necesidad que atrae, conquista y aferra.

Y si nos ponemos a pensar en la formidable masa humana que se precipita al asalto de lo poco que puede proporcionar la tierra, hemos de darnos cuenta del atletismo anímico que hace falta para lograr las grandes victorias.

Poseer, por otra parte, no implica conservar.

El heredero a quien sus contingencias gratificaron con bienes considerables, se convierte en el centro de una conspiración incesante, en la que figuran las múltiples codicias que, pre-

(1) Y la comparación no es forzada del todo. ¡Que unos pequeños brutos de pensamiento rudimentario, pero compacto, recio y perfectamente orientado dejan estupefactos a ciertos seres sutiles con sus éxitos! Una organización psíquica juiciosa, pero carente de vigor, necesariamente influye menos que un temperamento robusto y sencillo.

cisamente debido al estado social, circundan a la fortuna.

Estas codicias no actúan tan sólo por las vías materiales. De una manera invisible, sugieren la imprudencia, el error, el exceso, el vicio.

Y su acción mental aumenta con las envidias, con los celos, con las animosidades que suscita siempre la opulencia. ¡Qué temible cadena! ¡Y qué circunspecta y robusta defensiva necesita el rico!

Si no ha recibido, con todo lo demás, una organización psíquica hecha a la medida de la importancia poseedora, muy pronto ha de verse despojado.

La aristocracia rusa, que contaba menos almas que abdómenes, que dormía más que obraba, y que consumía más alcoholes que ideas, ha tenido que doblegarse a la ley de una docena de apasionados intelectuales.

Susbtrajeron la iniciativa a nuestra monarquía cuando la misma cesó en su tarea de pensar y de querer.

Y si la clase burguesa actual, dueña y señora de los privilegios se mantiene aún en pie, a pesar de sus imprudencias electorales, es porque totaliza más activos psiquismos que los que han podido reunir sus antagonistas.

Como la suma de los ardores realistas sobrepase un día la de los efectos republicanos, la República habrá vivido...

• • •

Mejora lentamente la suerte del proletario desde que dejó de considerar como socialmente indispensables los abusos perpetrados sobre él. Todo marcharía con mayor rapidez si pensara en sus derechos con más ardor y coordinación.

A causa de sus insuficiencias psíquicas, las democracias viven aún bajo un yugo casi dictatorial. Incapaces de concebir el orden deseable en imágenes precisas, las mismas se dejan engañar sin tregua por la falsía de la boleta de sufragio. Creen designar obediencias organizadoras de equidad, e invariablemente ven surgir de las urnas la tiranía y la expoliación.

Todo habría de cambiar si las masas no se sumiesen, entre dos guerras, entre dos períodos legislativos, entre dos mitines, en una excesiva resignación formada, sobre todo, de indolencia y de apatía.

Todo habría de cambiar si todos y cada uno se formulasen íntimamente, pero de una manera inflexible, tres sugestiones perfectamente concretas:

Posibilidad de consumo justamente proporcional a la importancia de producción.

Organización militar de los pueblos substraída a las arbitrarias nacionales, y confiada, en cada Continente, a un colegio internacional.

Exigencia de un asentimiento directo de los electores para todo destino de los dineros públicos (1).

(1) Se dice que para esto sería necesario una capacidad de apreciación que no poseen los pueblos. Muy mucho se cuidan de

Esta concentración espiritual actuaría sin el mínimo desorden, porque la efervescencia psíquica impresiona necesariamente a los que son objeto de la misma.

La irritación silenciosa influye de un modo profundo y decisivo; por otra parte, es incoercible.

En un sentido inverso, las vociferaciones y las rebeldías tumultuosas nunca logran otra cosa que reformas superficiales y transitorias.

• • •

Los descontentos, los rencores y los odios inconfesados, pero vivaces —ya sean colectivos o individuales—, operan verdaderos embrujos o hechizos.

Su paroxismo, la cólera, fulgura, brama e hiere, como el rayo. Cuando ha sido fuertemente condensada, es decir, largamente retenida, la violencia desorganiza, deja estupefacto y mata.

No puede nadie jactarse de inmunidad contra la inmanente repercusión de las rivalidades y de los antagonismos probables.

Para defenderse de ellos, es preciso no ignorarlos ni desafiarlos, sino densificar las propias resistencias.

¿No ha sido dicho, acaso, que cualquiera que

[illegible]. ¿Y dónde se encuentra el diputado, o incluso el ministro, que presente un certificado de experiencia y de aptitudes [illegible]?

se jacta de su dicha no ve a su puerta la desgracia inminente?

En realidad de verdad, sólo es un protector el optimismo cuando se halla siempre a la expectativa de la adversidad y dispuesto a reaccionar.

Si esta índole de optimismo brinda, a veces, la apariencia de una despreocupada suficiencia, ello se debe a que no vemos hasta qué punto se duplica con una circunspecta combatividad.

Como existencia alguna se halla exenta de riesgos, y como cuando se prevé con mayor nitidez, mejor se sabe evitar, detener o combatir, sigue siendo cosa de buen juicio la vigilancia, incluso aparte de toda consideración telepsíquica; para el adepto de nuestras doctrinas tiene el significado de un escudo, de un broquel, eficaz por sí mismo, porque avizorar y temer suscitan y estimulan los pensamientos defensivos, la voluntad de rechazar el peligro.

• • •

Sí, entonces, es lamentable suponerse destinado a la falta de éxito o a alguna desgracia, conviene conservar la noción de la propia posibilidad y conjurar, sin miedo a la fatiga de la tarea, esa desgracia, mediante una prohibición formal.

Temer una cosa con el consentimiento de que no sabríamos eludirla, equivale a aceptarla, y

con frecuencia, a llamarla, pero la aprensión que suscita una voluntad imperiosa de apartar de nosotros ese peligro, se trueca, por el contrario, en una seria defensa.

El miedo que a algunos paraliza, concede alas a otros.

• • •

Sabemos que las personas voluntariosas cuyo pensamiento generalmente despótico engendra por sí mismo la sumisión, consiguen impresionar, desde un principio, a la mayor parte de los seres con los cuales mantienen contacto.

Es posible observar, también, que a esas naturalezas dignas de un sátrapa, concurren los más asombrosos servilismos. Una mentalidad de señor feudal siempre improvisa siervos. Una mentalidad servil siempre imanta su cabestro. Precisamente por esto, vemos muy hermosas abnegaciones hacer verdaderos derroches en favor de individuos perfectamente implacables... porque lo son.

Lo que caracteriza a los fuertes psiquismos —no a los sutiles, ni a los equitativos—, es que están plenos de sí mismos y sobre todo, de su punto de vista.

Nos desalientan en la discusión del nuestro, porque sentimos perfectamente la desigualdad de la lucha.

Decimos:

"He aquí un hombre o una mujer de carácter".

Y nos hacemos a un lado, aunque la razón nos asista.

Yo llamo a este fenómeno un dominio telepsíquico y advierto que se opera incluso si las relaciones son lejanas y si los dos interesados no se han visto nunca.

Estos poderosos egotismos a menudo se pierden por su facilidad volitiva misma, que más les incita a exigir que a reflexionar.

Esto nos lleva al capítulo II. El vigor propulsivo de sus pensamientos es admirable, pero sus imágenes mentales son insuficientemente deliberadas; por lo tanto, imprecisas. Obtienen mucho, pero nunca lo que les hubiera convenido exactamente.

Por otra parte, un aspecto exterior impresionante, una verba nítida, un ambiente que impone, muy pronto pierden su prestigio si, detrás de la fachada, se cobija una moral benigna, apática o temerosa.

De acuerdo con las reglas religiosas, obrar es, según parece, orar, cuando la tarea se cumple de conformidad con un ideal espiritual.

Desde el punto de vista que nos ocupa, si el trabajo da lugar a una emisión psíquica concentrada, ésta concurre de poderosa manera a asegurar al trabajador lo que el mismo aguarda de su industria.

Ocurre que se calcule de una empresa un beneficio que no ha de arrojar, pero cuyo equi-

valente nos llega por una vía imprevista y aparentemente fortuita.

• • •

Intimamente mezclada a todas las relaciones humanas, la influencia telepsíquica se manifiesta de un modo poderoso en el amor.

Los muy ardientes, aunque fuesen muy distintos de Antinoo, de Apolo o de Hércules, triunfan fácilmente de los enamorados medrosos, incluso cuando son hermosos con esa belleza que, nos dice un poeta, eclipsa a sus rivales cual dispersa el sol a las nubes.

Bajo el efluvio anestesiante del deseo viril, las resistencias femeninas flaquean y se abandonan, a menudo sin mayor dilección, e incluso a pesar de netas repugnancias.

El grado de atracción de cada mujer depende, por lo demás, manifiestamente, de factores imponderables que se distinguen tanto más cuanto que excluyen, a menudo, la belleza, la gracia y la distinción.

Las afinidades amorosas eluden, en su gran mayoría, el análisis puramente psicológico, porque su explicación está contenida totalmente en el exacto complementarismo de dos emisiones y de dos recepciones psíquicas, así como su entibiamiento y su fin proceden de una recíproca y fatal saturación.

Mientras perdura el idilio, los raptos telepáticos espontáneos, las intuiciones lúcidas, las

premoniciones clarividentes, atestiguan con frecuencia la *relación* de los dos interesados.

Y cuando sobreviene de uno de ellos, los primeros alejamientos, imaginativos o vividos, ese apartamiento extrae, de un modo invisible, de las fibras del otro, una disonancia anunciadora de los quebrantamientos próximos.

• • •

Si la pasión se disocia de sí misma bajo la acción corrosiva del tiempo, los sentimientos, por el contrario, ganan en influencia por la duración.

Es teratológicamente excepcional que la indiferencia resista durante mucho tiempo al afecto y que la antipatía no ceda, algún día, a la bondad.

En todos los casos, la indulgente benevolencia y la inofensividad, armonizando el psiquismo individual con las vibraciones de la misma naturaleza, constituyen estados preciosamente abductores.

Pero, es preciso tener en cuenta que deseo, avidez, o pasión, se satisfacen con sus complementarios, siempre caracterizados por una pasividad moral cualquiera. De este modo, la debilidad sugiere todos los abusos, en tanto que la firmeza los inhibe. Por esta razón la ingratitud puede ser considerada segura por las almas demasiado exclusivamente benévolas.

De lo que precede podemos deducir algunas

directivas prácticas, cuya observación equivale a utilizar constantemente y sin emisiones especiales, la propiedad teleinfluyente del pensamiento.

Si todas nuestras actividades psíquicas tienen una resonancia exterior, es evidente que para recoger del mismo efectos deseables, es necesario aprender a gobernar las propias impresiones, las emociones personales, los sentimientos y la imaginación.

Entendemos aquí gobernar en una doble acepción cuantitativa y cualitativa, y también en el sentido de exaltar, y asimismo en el de moderar.

Llegamos a ser amos del propio psiquismo mediante un esfuerzo sostenido, que se refiera a toda una serie de reglas que ya he definido en un volumen mío precedente, titulado *El Poder de la Voluntad*, y sobre las cuales no he de volver a tratar en la presente obra.

De estas reglas, que varios especialistas han vulgarizado antes de hacerlo yo, no se comprende, por lo general, toda su importante finalidad.

Conducir el propio pensamiento implica, empero, la posibilidad de un máximo de acción sobre todo lo que nos concierne.

Sin mencionar esa serenidad íntima que es la única en asegurar la posesión de sí mismo, el individuo más común, desde que adquiere la costumbre de librar la orientación de sus pensamientos y de mantener la convergencia de

os mismos, exterioriza una considerable suma de vibraciones auxiliares de su voluntad, que afectan de una manera útil a todos aquellos que tuvieron una relación cualquiera con lo que él desea.

Se torna capaz de puntualizar en imágenes cuidadosamente elaboradas, el conjunto y el detalle de sus proyectos. Su energía psíquica, condensada por el efecto de las reglas en cuestión, se emite por sí misma, de poderosa manera, a través de las imágenes que él forja.

Opera, de esa suerte, una acción telepsíquica generalizada de la cual nace esa imaginación conocida bajo el nombre de "magnetismo personal".

Algunas personas —a las que todo sale bien— lo poseen inconscientemente gracias a felices disposiciones sobrenaturales, pero los más desheredados a este respecto, pueden establecerlo en sí mismos mediante un plan y midiéndose.

CUARTA PARTE

INDICACIONES COMPLEMENTARIAS

XIV

CONTRAINDICACIONES, ESCOLLOS AVISOS

Si no se posee un mínimo de vigor funcional, la fatiga que resulta de las emisiones telepsíquicas se acentúa en depresión, a favor de lo cual puede sobrevenir más de una desorganización.

• • •

Los enfermos renales y en general todos aquellos que eliminan mal, sería prudente que se abstuvieran. Todo gasto cerebral fuera de lo común ha menester, en efecto, de un esfuerzo suplementario de los riñones y de la ayuda de los mismos.

• • •

La plétora de los intoxicados apesanta lo suficiente su psiquismo para disuadirlos de la acción a distancia. Pero, si por una de esas casualidades, alguno de ellos se esforzara en esta acción con demasiado ardor, ello implicaría un serio peligro de congestión.

• • •

Los agitados, los obsesionados; aquellos cuyo pensamiento deliberado no tiene el menor imperio en la impulsividad emocional e imaginativa, agravan, por lo general, su estado, sin beneficio alguno, practicando la acción telepsíquica. Deberían, ante todo, trabajar para lograr este imperio sobre sí mismos, que necesitan y sin el cual no hay elaboración, ni condensación, ni emisión eficaces.

• • •

Cuando no se sabe, luego de cada sesión, tornar así mismo, fijar el pensamiento en un sujeto que repose y, en todo caso, ajeno a las preocupaciones por las cuales acabamos de trabajar, podemos muy bien ver instalarse la idea fija, madre de la demencia. Se recuperan insuficientemente las propias fuerzas, por otra parte, y a ello sigue el cansancio.

• • •

No es raro que el día en que alguna cosa no marcha como desearíamos que marchase, y aunque hasta ese momento nos hayamos mostrado profundamente indiferentes a las cuestiones psíquicas, pensemos en munirnos de un tratado de hipnotismo con la convicción de encontrar en él el medio de resolver, de inmediato, cualquier dificultad. Sin embargo, ¿quién pretendería estenografiar un discurso inmediatamente después de la adquisición de un tratado de estenografía? No es posible improvisarse experimentador de la noche a la mañana, por el mero hecho de que existe la necesidad de serlo. Es preciso trabajar para comprender, y luego aplicarse a la labor.

• • •

Si pretendiera un químico, so pretexto de que tiene una necesidad inmediata, de componer un producto en menos tiempo del que se necesita para su elaboración, se consideraría a ese químico con inquietud. Sin embargo, son numerosos los lógicos que, porque tienen prisa, exigen a la telepsiquía resultados mucho más rápidos que los que el caso permite

• • •

Tener prisa no confiere aptitudes especiales. No existen resultados al mismo tiempo impor-

tantes e inmediatos en telepsiquia. Es la repetición la que hace la fuerza de la sugestión, y la asiduidad la que confiere la facilidad, por otra parte, relativa siempre.

• • •

Muchas personas se creen capaces de influencia. Otros muchos se suponen capaces, sin esfuerzo apreciable, de efectos instantáneos y considerables. Algunos comprenden la dificultad, van hacia ella con toda resolución, y poco a poco la van revistiendo con una inquebrantable constancia. Estos últimos son los que alcanzan el éxito.

• • •

Antes de cualquier acción a distancia, no sabríamos calcular nunca en demasía las consecuencias que irrogaría la obtensión de lo que se desea. Algunas son inevitables y es conveniente examinar si no harán pagar harto cara la satisfacción que de las mismas emana; otras, pueden ser evitadas, a condición de especificar la intención de las mismas en el plan general (ver capítulo III) que ya conocemos.

• • •

Elaboramos todos, o casi todos, la suficiente energía psíquica para obtener, por medio de

los procedimientos expuestos en este libro, resultados decisivos de todo el resto de la existencia. Pero cuanto más abundante es la elaboración, más fuerte es la tensión de exteriorización. Esta tensión determina impulsos a los cuales ni siquiera pensamos en resistir. Sin embargo, todas las obras análogas a la mía indican de un modo en extremo prolijo que *ceder al impulso, es dejar evaporarse energía psíquica.*

• • •

Es algo muy bueno que las personas arrebatadas derrochen en manifestaciones exteriores generalmente inofensivas, el formidable dinamismo que emana de sus cóleras. Si pudiesen abstenerse del estruendo verbal, de puñetazos sobre la mesa y de la ruptura de objetos, podrían perpetrar los más lamentables daños. *Vigor propulsivo del pensamiento, ardor pasional, violencias del alma,* constituyen verdaderos cetros, siempre y cuando tomemos la iniciativa de su manejo.

• • •

Dominar la espontaneidad, es dominar el destino. Los que gobiernan el mundo son personas que han sabido tornarse amos de una formidable impulsividad nata, trocándola así

en potencia dominadora y realizadora. No me hagan decir, ahora, que basta dominarse para gobernar el mundo. Indico, por el contrario, que la condición primordial para convertirse en un hombre eminente es una animación innata excepcional. Pero sobre el individuo rigurosamente capaz de gobernarse, desde el triple punto de vista sensorial, emocional e imaginativo, tiene el destino menos imperio que sobre los demás. El hombre que consigue conducir su pensamiento, se libra, poco a poco, de toda influencia, incluso colectiva. Es mediante la instauración de una sólida *arquía* interior, contraría de las enseñanzas libertarias, como todos y cada uno podemos conquistar la propia libertad.

• • •

Si no podemos cambiar de un modo radical los elementos psíquicos y psicológicos con los cuales nos ha dotado la herencia, podemos, en cambio, con método, extraer de los mismos un máximo de buenos servicios.

De esa manera, ejercitándonos correctamente de acuerdo con nuestras propias fuerzas, los aumentaremos y los ductilizaremos.

• • •

Como el espacio me ha sido medido, he debido condensar en este volumen una cantidad de no-

ciones acumuladas por veinte años de observación cotidiana.

Por lo tanto, no se asombre el lector si a veces se ve obligado a meditar un poco el texto para comprenderlo a fondo y bien.

XV

EL DESARROLLO DE LAS APTITUDES TELEPSIQUICAS

La práctica del hipnotismo propiamente dicho, en la cual se actúa sobre sujetos presentes por medio de la mirada, de la palabra, del gesto y de la voluntad, constituye un método excelente preparatorio para la telepsiquia.

Todas las facultades mentales activas se ejercitan en la práctica del hipnotismo, especialmente la atención, el juicio y el vigor volitivo.

Se trata de una psicogimnasia racional y sintética que vigoriza las cualidades intelectuales, al mismo tiempo que afirma lo que hemos dado en llamar la fuerza del carácter.

Comporta dicha práctica todos los esfuerzos de iniciativa, de discernimiento, de dominio de sí mismo y de influencia en los demás, suscep-

tibles de concurrir a la formación de una personalidad poderosa.

Por esta razón, el camino más corto para convertirse en un buen telepsíquico consiste en *entregarse de una manera asidua al hipnotismo* directo.

Un hombre fogueado en la utilización de los procedimientos comunes de hipnotización, sabe pensar con todo el ardor, con toda la precisión necesarios para actuar a distancia.

Pueden disuadir o detener al principiante múltiples consideraciones.

Por de pronto, la dificultad de hallar sujetos. Las personas lo bastante sensibles a las maniobras hipnóticas de un neófito, para experimentar, de primer intento, efectos perentorios, son poco numerosas.

Existe, sin embargo, un quince por ciento, más o menos, y sobre esos quince, encontramos dos o tres a quienes puede hipnotizar una criatura sin ninguna dificultad.

Por lo demás, gracias a un fenómeno de fácil comprensión, la mayoría de las personas a las cuales permite su impresionabilidad afectar fácilmente, se dejan decidir, por lo general, más rápidamente que los refractarios, a permitir que intentemos hipnotizarlas.

En las sesiones públicas, cuando invita el experimentador a aquellos presentes que deseen someterse a la prueba de su sugestionabilidad, casi siempre, los que se ofrecen, son sujetos buenos.

En la vida privada, se reconocen esos predispuestos. Sin duda harán dichoso a más de uno algunas precisiones sobre los signos reveladores que debemos buscar.

Sea lo que fuere lo que pueda decirse de las teorías —necesariamente llamadas a desaparecer para dejar su lugar a otras, a medida que la experiencia acude a modificarlas—, es dentro de un marco teórico como se procede a la mejor ordenación de los hechos. Por lo tanto, he de utilizar un esquema que me resulta familiar: el de los cuatro medios de influencia.

Sobre cien individuos tomados al azar, algunos parecen particularmente sensibles a las acciones sensoriales, a las que proceden de la periferia nerviosa al centro; por ejemplo, la fijación de un punto muy brillante o un golpe en el batintín.

Conocemos ya el importante número de los conmocionados por la guerra; un estallido cercano los clavaba, estupefactos, en actitud cataléptica.

El doctor Mesnet, por otra parte, ha proporcionado un ejemplo de hipnosis espontánea debida a la recia luz.

En su libro *El sonambulismo provocado*, cita el caso de un jefe de estación, fascinado por un proyector de locomotora y aplastado. El jefe en cuestión, antes de exhalar el último suspiro, declaró haber perdido conciencia después del choque enceguecedor del fanal contra su re-

tina, hasta el momento en que recobró el conocimiento en el hospital.

Otros se muestran más o menos refractarios a todo procedimiento que no sea el de la sugestión, la cual, contrariamente a los procedimientos sensoriales, hiere directamente el órgano central para reaccionar luego sobre el sistema nervioso de una manera centrífuga.

También observamos personas, poco afectadas, por otra parte, sobre las cuales las proyecciones magnéticas reaccionan en algunos minutos.

Finalmente, la acción puramente psíquica —la sugestión mental—, también tiene sus predispuestos.

Agreguemos que con bastante frecuencia encontramos sujetos influenciados más o menos del mismo modo por dos o tres de estos cuatro procedimientos.

He aquí, ahora, las observaciones que será preciso retener para juzgar de la aptitud existente para manifestar los fenómenos estudiados en psiquismo.

Digamos, por lo pronto, que un sistema nervioso lo bastante sensible a las acciones sensoriales para que siga un estado secundario, tiene que estar necesariamente tarado o debe ser específico.

Herencia alcohólica o específica, degeneración de la célula nerviosa, hiperestesia, se hallan siempre ligadas a la hipnotizabilidad sensorial.

Esta es la razón por la cual Charcot y su Escuela se hallaban en desacuerdo con Liébeault y Nancy. En la Salpêtrière se hacían experimentos con histéricos, hebefrenos-catatónicos —sobre anormales—, exclusivamente.

En Nancy, el campo experimental, más amplio, comprendía toda clase de enfermos. He aquí por qué, también, Babinsky y los neurólogos del siglo XX dicen: sugestibilidad-histeria-pitiatismo: trabajan únicamente en el terreno nervioso.

Existe un medio muy sencillo para darse cuenta de si la excitación de un sentido induciría a la hipnosis al sujeto observado: Dispongan a dicho sujeto de manera tal que su campo visual se vea herido por un tapiz, un panel a rayas verticales alternadas, negro y blanco, rojo y blanco, azul oscuro y blanco, etc.

Un sujeto normal sólo acusaría una débil perturbación visual. En uno sensorial se advertirá una alteración acentuada del sistema psico-nervioso: disminución de las asociaciones de ideas, estupidez, torpeza, y a veces, incluso, alucinaciones espontáneas.

Pasemos del diagnóstico de la sensibilidad, a la sugestión.

Esta se mide, a mi juicio, en la aptitud más o menos acusada al monodeísmo espontáneo. Las marcas exteriores que la revelan son las siguientes:

Rostros ovales o triangulares, en oposición a las fisonomías redondas o cuadradas; predo-

mínio, *en los lineamientos* de la faz, de los contornos rectilíneos; insuficiencia de altura del tercio superior del rostro, o exceso del tercio inferior (en estos dos casos, el sujeto es asimismo un predispuesto al hipnotismo sensorial); orejas desprovistas de lóbulos, de dobleces, o de ambas cosas a la vez; pulgar flaco o corto. Línea mental tenue o ausente. La nariz proporciona un índice, también; los sugestionables se hallan en proporción notable entre las *personas cuyo órgano del olfato* adquiere forma convexa con terminación puntiaguda, o forma cóncava con terminación redonda.

Todas estas marcas conceden a cada cual una aproximación. Si el mismo individuo ofrece varias, es un *sujeto*, sin la menor duda.

• • •

Otra idea inhibidora contiene a menudo a los neófitos. Es el temor al ridículo, en apariencia inevitable luego del fracaso.

El Hipnotizador, como tal conocido, y cuyo talento es admitido, no provoca ninguna manifestación burlona cuando sus esfuerzos no obtienen el efecto que de los mismos se esperaba.

El *principiante*, por el contrario, espera que se rían de él en cada experimento que resulte ineficaz. Y esto ocurre, porque en el espíritu del vulgo, pretender hipnotizar, es jactarse de un poder casi sobrenatural.

La gente no se ríe del fracaso, sino de una pretensión que considera ridícula.

Por cierto que la prueba merece ser afrontada, aunque más no fuera para ejercitarse en la seguridad y en la impasibilidad.

Pero nada impide proceder con circunspección, y escoger, para los ensayos iniciales, a un individuo que ofrezca las marcas de que ya he hablado.

Desde que un señor ha logrado en público una sola hipnotización, los que más se empecinaban en burlarse de él y de sus tentativas, son los primeros en considerarle con estupefacción.

La rutina intelectual empareda tantos cerebros, que el que se libra de ese encierro lo bastante evidentemente para tomar la iniciativa de practicar cualquier cosa tan insólita como el hipnotismo, provoca en todo momento el asombro de los circunstantes.

Aunque la vía precedente sigue siendo la más rápidamente preparatoria para la telepsiquia, puesto que se puede formar un experimentador en menos de un mes, existen otros métodos, que es posible utilizar, y éstos, a despecho de todos.

Por lo pronto, la conformidad a los principios de la *Educación Psíquica* elementales, tales como los expuse en mi obra *El Poder de la Voluntad.* Luego, la práctica habitual de ciertas reglas cuya indicación es la siguiente:

1º

El silencio

No se trata de convertirse en estilista, ni siquiera en estrictamente lacónico. Se trata, sobre todo, de la intimidad moral e intelectual que debe permanecer callada y negarse a toda confidencia, a toda expresión verbal, a todo contacto. Esto contiene numerosos movimientos afectivos exteriorizadores de dinamismo psíquico y opera una condensación metódica susceptible de armar a los más débiles.

La espontaneidad oral debe, también, ser dominada mediante un esfuerzo de atención que siempre substituirá con palabras reflexivas a las que tiende a arrancar el impulso primitivo. Nuevo esfuerzo, nueva contención, nuevas unidades de energía que se condensan.

2º

El aislamiento

Una vez habituado a la regla precedente, se la completará con retiros periódicos, en la soledad. Naturalmente, para evitar este desorden intelectual, que se llama ensueño, y que contraviene, muy insidiosamente, las reglas del silencio, fijaremos a nuestros pensamientos una orientación deliberada.

Por ejemplo:

Meditación de los planes de las próximas realizaciones, revisión mnemónica de las incitaciones o veleidades experimentadas desde la anterior revisión análoga, lo cual permite eliminar las influencias extrañas; ejercicios de adiestramiento respiratorio o de imaginación activa.

Esta práctica, el aislamiento, reúne sólidamente los elementos psicológicos de la personalidad, previene los alejamientos, las dispersiones; conforta, en una palabra, todo lo esencial del "yo".

8º

Respiración

Ya conocemos los efectos perturbadores de la atención en el ritmo respiratorio.

Sabemos asimismo, por otra parte, que cualquier acto de telepsiquia voluntaria requiere una actividad prolongada de la atención. Tonificando los músculos que ejercen el comando de la respiración, nos ponemos, pues, en condiciones de efectuar emisiones telepsíquicas más vigorosas y más prolongadas, y de experimentar con ello una fatiga menor.

Se activa de esa suerte, de considerable manera, la elaboración de la fuerza nerviosa cuyo papel primordial ha sido definido en el capítulo III.

Por esto todos los métodos de *yoga*, de fakirismo o de simple magnetismo animal, insisten

tanto en la oportunidad de los ejercicios respiratorios.

Han sido propuestas mil variedades de estos ejercicios. El lector, por ende, sólo tendrá el trabajo de escoger entre los mismos.

Sin embargo, tengo especial interés en decir que basta respirar *atentamente* y con amplitud por espacio de dos o tres cuartos de hora por día. El movimiento —especialmente la marcha —puede ayudar mucho.

Los deportes, tales como actualmente se les entiende, finalizan en un atletismo casi exclusivamente muscular, y por lo demás, pasajero.

En todos los casos se hallan concebidos en una acepción completamente distinta a la práctica del psiquismo. Unicamente la gimnasia que llamamos *sueca*, sigue siendo compatible con nuestras enseñanzas.

Esta gimnasia aumentará las resistencias fisiológicas sin alterar ningún órgano, trabajándolo demasiado.

49

Imaginación

Ya hemos visto en el *capítulo II* que es preciso expresar en imágenes lo que deseamos sugerir. No siempre se llega a buen término de primer intento.

Los pintores y los escultores, aunque visualmente dotados, se ejercitan largamente en fijar

en su espíritu líneas, colores y planes antes de llegar a *ver* con exactitud.

Se tornan capaces, poco a poco, no solamente de *retener*, sino de *crear*.

El practicante de la telepsiquía debería estudiar, de análoga manera, sus facultades imaginativas. Pensando en ellas, adoptará la costumbre de considerar atentamente los caracteres morfológicos de las cosas y de los seres.

Utilizará esos momentos de retiro para recordar los objetos, las personas, las escenas que se le ocurran.

Tendrá que evocar rostros ausentes y detallar sus rasgos.

A fin de perfeccionar este adiestramiento, se puede adaptar al oído, al olfato, al tacto e incluso al gusto.

5º

La vida proporciona todos los días varias ocasiones de recurrir al uso de la acción mental.

Ensayando, al principio, esfuerzos breves y fáciles, luego cada vez más largos y complejos, se pone término al adiestramiento, lo cual no quiere decir, en modo alguno, que sea necesario cesar en su ejercicio.

Muy por el contrario, es conveniente mantener en un estado en extremo activo todas las facultades que concurren a la influencia telepsíquica.

XVI

LA TELEPSIQUIA DE LOS EMPIRICOS

Conoce todo el mundo, si no por comprobación directa, por lo menos gracias a los testimonios, los fenómenos atribuídos a esos empíricos condecorados con el apelativo de hechiceros o de brujos, cuya raza se perpetúa, a pesar de la difusión de la escuela primaria (1) y del positivismo (2), en algunas de nuestras regiones, especialmente en Bretaña y en el Isère.

Abstracción hecha de las fantasmagorías añadidas por la leyenda y de los ingredientes botánicos u otros que explican suficientemente

(1) En el examen impuesto a los reclutas, en ocasión de su llegada al regimiento, se comprobó la existencia de un 25 por ciento de analfabetos.

(2) Hay, en Francia, algunos millones de personas que creen en la existencia del diablo y transmiten a sus hijos esta convicción [illegible] por [illegible] de la misma.

la eficacia de *ciertas hechicerías*, sigue siendo innegable que gentes incultas y crédulas consiguen actuar, sin tocarlas e incluso sin verlas, sobre personas a las cuales han resuelto afectar.

El tipo del hechicero o brujo, y el origen de las doctrinas extraviadas que inspiran sus prácticas, han sido estudiados con sagacidad admirable y con una impresionante documentación por Estanislao de Guaita.

Tengo, como éste último, la certidumbre de que un mundo super-normal de seres y de energías contribuyen, a veces, en las obras de hechicería.

Pero las únicas propiedades del psiquismo humano, tales como las hemos estudiado en este libro, dan perfecta cuenta de cantidades de efectos obtenidos, por lo común, por los fervientes del libro mágico, especialmente de todas las perturbaciones o sugestiones que saben infligir a los hombres y a los animales. (1).

Abramos un *Dragón Rojo* o cualquier otro enquiridión goético. Habremos de ver que, para lograr el menor resultado, tiene que cumplir el experimentador una larga serie de actos difíciles, penosos, peligrosos, impresionantes, siempre de una naturaleza susceptible de exaltar de considerable manera su pasión.

---

(1) El animal experimenta la acción telepsíquica del hombre y es mediante el bloqueo de esta influencia como se establece el ascendiente humano. Ver la obra antes citada.

Tiene que buscar y arrancar, en momentos fijos, flores singulares, sacrificar de un modo ritual tal o cual animal, para extraer del mismo la sangre o los órganos, visitar en el transcurso de la noche las sepulturas, a fin de procurarse en ellas osamentas o clavos del "ataúd de un hombre muerto, sin confesión, en el año corriente".

Cuando ha reunido las substancias, tan numerosas como heteróclitas, requeridas para sus maleficios, el hechicero debe consagrarlas a las Potencias de las Tinieblas, hacer una mixtura y saturar de influjos, razón por la cual la mezcla va acompañada de imprecaciones.

Casi siempre debe mezclar a la misma algún objeto sobre el cual habrá hecho decir una misa, sin conocimiento del sacerdote, ocultándolo bajo el altar en el momento de la sagrada ceremonia.

Se le impone, ante todo, una primera iniciativa, bastante delicada: la de procurarse, de la persona a la que desea herir, los cabellos o los trocitos de vestimenta con los que cuenta para establecer la *relación*.

Todo esto requiere del brujo, durante días, durante semanas, una atención sostenida, fijamente orientada, de violentos esfuerzos de voluntad, que son un claro testimonio de su resolución implacable.

La obsesión de lo que desea obtener se acrecienta a medida que prosigue la operación.

Como el hechicero cree a pie juntillas en la

gravedad de sus profanaciones, de sus sacrilegios y de sus invocaciones impías, su imaginación llega por ello a un estado de estremecimiento y resuena en su emotividad, que vibra intensamente.

Y la ciega confianza que tiene en sus prácticas, el irresistible poder del cual cree disponer al cumplirlas, concede a su pensamiento una firmeza inquebrantable.

De esta suerte, el *modus operandi* de numerosas recetas supersticiosas se identifica perfectamente con el del psiquismo metódico.

Las fórmulas del oficiante actúan, sobre todo, en sí mismo. En su alma, a la vez primitiva y apasionada, determinan frenéticos impulsos cuyas repercusiones telepsíquicas hieren a menudo con más vigor que una emisión sistemática.

Es decepcionante, sin duda, pero el ignaro, el estúpido, el delirante hechicero logra lo que tantos hombres cultos, racionales, pero tibios y sin convicciones, no obtendrán jamás.

Para alcanzar el éxito en operaciones de hechicería, es preciso estar predestinado, es decir, predispuesto, por una naturaleza como solamente pueden conformar algunas regiones semisalvajes.

Recordemos, a fin de tranquilizar a los medrosos, que, de acuerdo con una ley absolutamente verificada, *nadie sabría afectar telepsíquicamente a un ser notablemente más sutil que él.*

Por consiguiente, los que me leen y me comprenden, pueden considerarse inaccesibles a cualquier imperio maléfico por parte de individuos que son, con toda seguridad, mucho mas

XVII

NEGADORES Y DETRACTORES

Puede decirse, en materia filosófica, metafísica o religiosa, que la *última ratio* de toda opinión no es otra que el temperamento. Mediante la evolución de este último se explican las medias vueltas más absolutas. Este subjetivismo, que es sencillamente normal en un dominio ideológico, se torna difícilmente admisible cuando se extiende a la ciencia experimental.

Sin embargo, las corporaciones de sabios han rechazado, una y otra vez, la realidad de los fenómenos del magnetismo animal para concederle finalmente, hacia 1742, luego de los trabajos de Braid, una estampilla oficial que sólo debía ser *provisionalmente* definitiva.

El hipnotismo tuvo entonces, en el mundo científico y médico, un auge considerable. En

el asunto de moda. Se le atribuía un alcance que rebasa sus límites de considerable manera.

El doctor J. P. Philips escribía, en substancia (1):

El descubrimiento de Braid tiene una importancia muy distinta de la que acaban de descubrirle algunos cirujanos franceses. A menos de ser unos simples practicantes sin cultura intelectual, deberían reconocer que constituye la conquista más amplia que hayan realizado o vislumbrado hasta la fecha la medicina, la historia natural y la filosofía.

El viento ha cambiado de rumbo.

Bastó que un neurólogo conocido haya querido privar y anular a sus predecesores mediante nuevas teorías.

Magister dixit.

La ortodoxia pura de la Facultad prescribe, *por el momento*, a sus devotos agentes, que se muestren por lo menos dubitativos en lo que atañe a los fenómenos hipnóticos.

Podemos leer, de esa suerte, con las firmas de los señores F. Aquiles Delmas, antiguo jefe de clínica de las dolencias mentales en la Facultad de Medicina de París, y de Marcelo Boll, profesor adjunto de la Universidad y Doctor de Ciencias, las siguientes declaraciones (2):

"*Nada retenemos* (3) de la hipnosis, tal co-

(1) Dr. J. P. Philips: "Curso Teórico y Práctico de Braidismo". — París, J. B. Baillière, 1860, un volumen in 8º.

(2) "La personalidad humana", por F. Aquiles Delmas y Marcelo Boll. Flammarión, editor, París, [illegible].

(3) Soy yo quien subraya. P. C. J.

no se creyó comprenderla, porque descansa sobre interpretaciones erróneas...".

"La hipnosis, es la *simulación* (1) del sueño sonambúlico por *sujetos* perfectamente despiertos; no resta al "hipnotizador" otra alternativa que la de ser *o el cómplice o la víctima engañada* (2) de su sujeto".

Esto es perentorio, pero los autores podrían muy bien imponernos de la índole de investigaciones experimentales de las cuales extrajeron sus afirmaciones.

En especial, ¿trataron de verificar *personalmente*, mediante la aplicación de procedimientos hipnóticos, en un centenar de individuos tomados al azar, la realidad o la inexistencia de la hipnosis? Mucho lo dudo.

Dicen los citados autores que la hipnosis es simulación. Es el caso de verlo. Entonces, sus colegas de hace ochenta años eran unos alucinados.

El doctor Cullerre (3) dice, en un escrito:

"El 12 de abril de 1829, el doctor Cloquet practicó una operación de cáncer al seno a una dama de sesenta y cuatro años de edad, en tanto la misma se hallaba sumida en el sonambulismo. La paciente no experimentó el menor dolor ni conservó recuerdo alguno de la intervención quirúrgica. En 1846, el doctor Loysel, de

---

(1) Soy yo quien subraya. P. C. J.
(2) Soy yo quien subraya. P. C. J.
(3) Doctor Cullerre, "Magnetismo e Hipnotismo", París, 1887, B. Baillière, Editor.

Cherburgo, extirpaba un tumor de la región mastoidea a una señorita de treinta años de edad, dormida. Cuando despertó, la paciente declaró que no sufría en absoluto, que no había experimentado ningún dolor y que no conservaba el menor recuerdo de lo ocurrido. El mismo cirujano, en algunos meses, cumplió doce intervenciones practicadas en el transcurso del sueño hipnótico. En la misma época, Fanton, Toswel y Joly, de Londres, practicaron, en condiciones idénticas, la amputación de dos muslos y de un brazo. En 1847, dos médicos de Poitiers, los doctores Ribaud y Kiaro, operando a una jovencita atacada por un tumor al maxilar hicieron, en una sesión inicial, la incisión del tumor, en una segunda sesión, la extracción de un diente, en la tercera, la extirpación del neoplasma, todo ello sin dolor, gracias a la hipnosis. Este largo y cruel trabajo —leemos en el informe de la *Gaceta de los Hospitales*— más se había asemejado a una lección de disección dictada a los alumnos, que a una operación practicada en un cuerpo vivo. El 4 de diciembre de 1859, los doctores Broca y Follin practicaron en París la incisión de un absceso al ano en una mujer de 40 años, hipnotizada. La operación se cumplió sin dolor. Algunos días más tarde, el doctor Guérineau, de Poitiers, amputó el muslo de un hombre en el transcurso de la anestesia hipnótica. El paciente no experimentó ningún dolor, pero tuvo conciencia de la intervención quirúrgica. Dijo el enfermo

"Sentí lo que me hicieron (1), y la prueba de ello es que el muslo fué cortado en el momento en que me preguntaba usted si sentía algún dolor". El doctor Esdaille, cirujano de los hospitales de Calcuta, ejecutó en seis años, en esa misma época, seiscientas intervenciones quirúrgicas indoloras mediante el hipnotismo, bajo la supervisión de una comisión de facultativos, de cirujanos y de sabios, designada por el gobierno a su requerimiento (2)".

• • •

¿Los señores Aquiles Delmas y Marcelo Boll nos dirán que todos los sujetos de los cuales acabamos de hablar han llevado la simulación hasta fingir la insensibilidad en momentos en que el escalpelo, los serruchos y las raspaderas hurgaban en sus carnes?

Se comprendería, en este caso, que los médicos que los operaron hallaran cierta ventaja en ser cómplices o víctimas engañadas.

Pero, entonces, ¡cuántos cómplices y cuántas víctimas en el cuerpo médico!

A fin de no citar más que a los principales, nombramos a los doctores:

Azam, Baréty, Beaunis, Bérillon, Bernheim, Binet, Bottey, Bourneville, Bourru, Brierre de Boismont, Broca, Brémaud, Burcq, Burot

---

(1) "Gaceta de los Hospitales" (29 de octubre de 1859).
(2) Doctor Cullerre. (Obra citada).

Charcot, Clocquet, Cullere, Crocq, Demarquay, Dumontpallier, Dupuoy, Dupuy, Durand de Gros, Eliotson, Esdaille, Esquirol, Féré, Gigot-Suard, Gilles de la Tourette, Giraud-Teulon, Grasset, Guérineau, Janet, Liébeault, Luys, Magnin, Mesnet, Maricourt, Pitres, Regnard, Richer, Richet, Velpeau y Voisin.

Por cierto que las teorías emitidas por todos estos médicos fueron revisadas poco a poco, en el sentido por mí indicado en el capítulo V, y entre los hechos que los mismos observaron, la mitomanía y la simulación tuvieron, sin duda alguna, un papel considerable, pero no por ello debemos poner en duda que la hipnosis existe perfectamente, y que las verdaderas víctimas engañadas no son aquellas que suponen algunos.

Basta, por otra parte, realizar experimentos para arribar a la comprobación de que, a pesar de cualquier negación, el hipnotismo subsiste por hechos que no sería posible suprimir por medio de un plumazo.

• • •

Otro tanto puede decirse de la acción telepsíquica, sea cual fuere el desdén cargado de suficiencia de los miembros de la Facultad y, en particular, el de los señores Aquiles Delmas y Marcelo Boll, por *esas interpretaciones tendenciosas de coincidencias que fueron adornadas con el nombre de telepatía* (1).

(1) Aquiles Delmas y Marcelo Boll. (Obra ya citada).

¿A quién podrán hacer admitir que entre los millares de observaciones y de experimentos relatados en las obras indicadas, no existe, *por lo menos, un hecho probatorio?*

Y aunque este hecho fuese rigurosamente aislado, bastaría para inducir a cualquier hombre más amante de la verdad que de los caprichos de la ciencia oficial, a tratar de reproducirlo para su convicción personal.

Esto es lo que personalmente hice; esto es lo que, mediante mis lecciones orales y hoy con la obra presente, pongo en condiciones de repetir a los que deseen hacerlo.

Acaso logre yo de esa manera, suscitando nuevos y numerosos experimentadores, provocar nuevas luces en lo que atañe a esta cuestión, tan interesante, de *la influencia recíproca que todos ejercemos, consciente o inconscientemente, los unos sobre los otros.*

FIN



INDICE

PRIMERA PARTE

Teorías y procedimientos

SEGUNDA PARTE

Producción de fenómenos en sujetos de experimentación

V

VI

TERCERA PARTE

Diversas adaptaciones

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

CUARTA PARTE

Indicaciones complementarias

XIV

XV

XVI

XVII

Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la
Editorial TOR, el día 14 de enero de [illegible]

ENCICLOPEDIA DEL

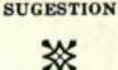
HOMBRE QUE TRIUNFA

Obras de ORISON SWEET MARDEN

ABRIRSE PASO
ACTITUD VICTORIOSA
ATRACTIVOS PERSONALES
AYUDATE A TI MISMO
DEFIENDE TUS ENERGIAS
ECONOMIA Y AHORRO
EDUCACION DEL CARACTER
EL ARTE DE VENDER
EL EXITO COMERCIAL
EL PODER DEL PENSAMIENTO
ENERGIA MENTAL
INICIACION EN LOS NEGOCIOS
LA ALEGRIA DE VIVIR
LA MUJER Y EL HOGAR
LA VIDA OPTIMISTA
LOS CAMINOS DEL AMOR
PAZ, PODER Y ABUNDANCIA
PERFECCIONAMIENTO INDIVIDUAL
QUERER ES PODER
SIEMPRE ADELANTE

Obras del Profesor PAUL C. JAGOT

AUTOSUGESTION
EL DOMINIO DE SI MISMO
EL INSOMNIO VENCIDO
EL LIBRO RENOVADOR DE LOS NERVIOSOS
EL PODER DE LA VOLUNTAD
HIPNOTISMO
HIPNOTISMO A DISTANCIA
LA EDUCACION DEL ESTILO
LA EDUCACION DE LA PALABRA
LA MEMORIA
LAS LEYES DEL EXITO
LA TIMIDEZ VENCIDA
MAGNETISMO
PSICOLOGIA DEL AMOR
QUERER CON TENACIDAD
SUGESTION



EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE AMERICA

F407